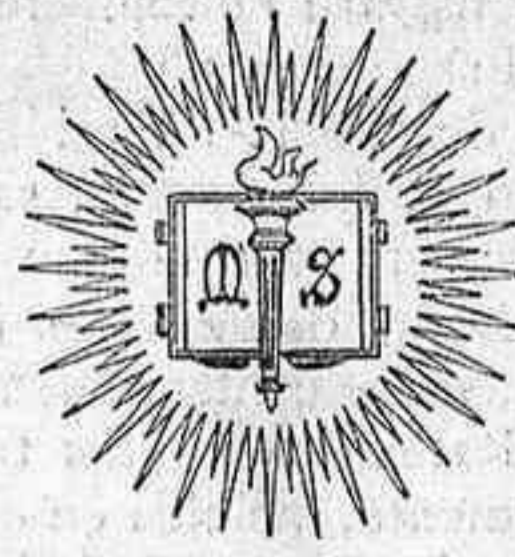


Ilustracion Artística

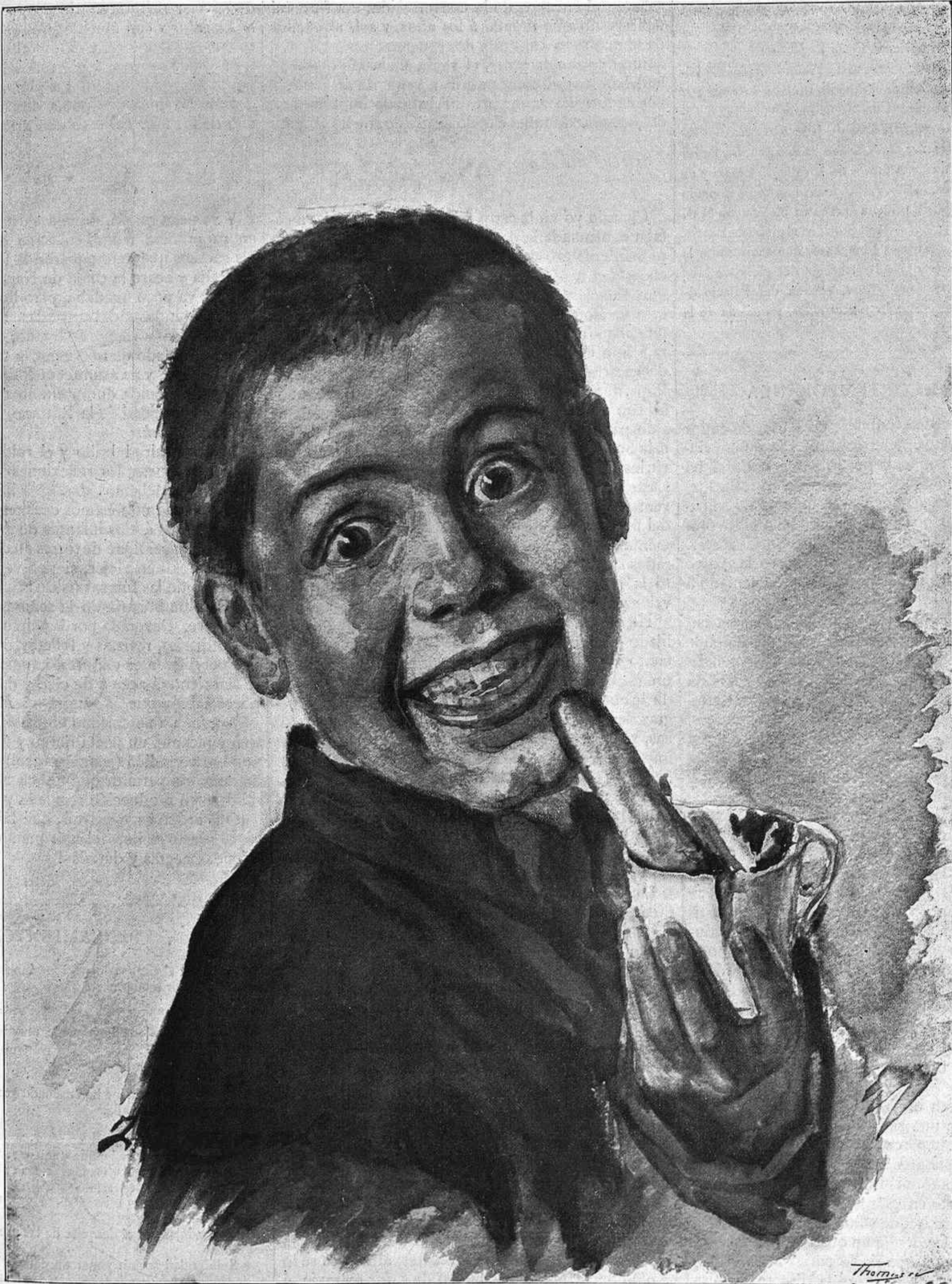


AÑO XXI

← BARCELONA 7 DE ABRIL DE 1902 →

NÚM. 1.058

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GOLOSO, acuarela de Jacinto Espinal

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el primer tomo de la presente serie de la **Biblioteca Universal**, que será el primero de la obra

LA ATMOSFERA

GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA

obra escrita por Camilo Flammarion y traducida de la última edición francesa.

Esta obra ha sido revisada por D. Norberto Font y Sagué y va ilustrada con profusión de grabados.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*. — *El amor y el honor*, por José de Laserna. — *Un perfil de Tolstoi*, por J. P. Latorre. — *Sin madre*, por Juan B. Enseñat. — *A media noche*, por Ramón del Valle-Inclán. — *Costumbres valencianas. Falles de Sen Juseph*, por Luis Zorahya. — *Estatua de Agustín Argüelles*, obra de José Alcoverro. — *Nuestros grabados*. — *Noticias de teatros*. — *Problema de ajedrez*. — *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *Las mujeres aeronautas*, por B. de F. — Periódicos y revistas enviados á esta Redacción.

Grabados. — *El goloso*, acuarela de Jacinto Espinal. — Dibujo de Pedrero que ilustra el artículo titulado *El amor y el honor*. — *Sin madre*, cuadro de María Berta Mouchel. — *Estatua de Agustín Argüelles*, obra de José Alcoverro. — *Costumbres valencianas. Les falles de Sen Juseph en 1892*. Fallas de la plaza del Príncipe Alfonso, de la calle de Ruzafa y de la plaza de la Reina. — *Flores de Oriente*, cuadro de Conrado Kiesel. — *Miss Sage*, la primera aeronauta inglesa con MM. Biggin y Lunardi (1785). — *Miss Stock* en el globo de Harris. — *Ascensión de los esposos Blanchard*, que atravesaron la Mancha en globo (1805). — *Dstrucción del globo de Miss Graham*, el *Victoria-And-Albert*, encima del Palacio de Cristal de Londres. — *Ninfas y amorillos*, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La venta en subasta pública, en París, de todos los muebles y efectos pertenecientes á la señora viuda de Rute, más conocida por princesa Rattazzi, ha recordado nuevamente el nombre y la historia literaria de esta mujer, de cuyo fallecimiento no se habló mucho, acaso porque coincidió con el de otra mujer eminente é indiscutida: Clemencia Royer, que tradujo y prologó á Darwin, como la *divina Emilia* de Voltaire había traducido y comentado á Newton.

María Leticia Bonaparte Wyse, de la familia imperial francesa, era muy conocida en España, donde contó entre sus amigos á personalidades tan señaladas como la reina Isabel II, el rey Alfonso XII, la reina regente Cristina, Cánovas del Castillo, Castelar y puede decirse que todos los hombres políticos, literatos y poetas que han figurado entre 1875 y 1890. Estaba condecorada con la Orden española de María Luisa; poseía casa abierta en Madrid, y daba continuamente fiestas, comidas y representaciones, cuando venía á pasar aquí temporadas de primavera ó de invierno. Su hermosura fué singular; sus joyas eran célebres, históricas y únicas algunas de ellas, como la famosa sirena obra de Benvenuto Cellini; sus trajes fastuosos y extraordinarios; sus salones se encontraban atestados de riquezas artísticas. Publicaba una Revista difundida por toda Europa, y libros que solían originar encarnizadas polémicas, como el titulado *Portugal á vista de pájaro*. Tenía ingenio, y algunas frases suyas se repiten aún. Fué, en suma, una de esas personalidades de marcadísimo relieve, que no durante un momento, sino toda su vida, preocupan la atención y tienen pendientes de sí la curiosidad, rara vez benévola, del público.

No sería yo quien emprendiese la tarea de escribir la biografía de una señora de la cual no podría hablar con entera imparcialidad, ya que la debí reiteradas y constantes atenciones y obsequios, desde el día en que procuró mi trato con el empeño especial que solía poner en granjearse relaciones de la jerarquía intelectual, y que sólo era comparable á la facilidad con que las perdía en otras esferas más solicitadas por el vulgo que rinde parias al *snobismo*. Nunca he pasado por París, que la directora de las *Matinées* (convertidas luego en *Nouvelle Revue Internationale*, y hoy suspensas al morir la Rattazzi), no me ofreciese, además de los magnos banquetes en que el *menú* llevaba al frente mi retrato y los pla-

tos el título de mis libros, la ocasión de conocer y ver de cerca á celebridades que tan difícilmente encuentra un extraño en el torbellino de París: Renán, Alejandro Dumas, Flammarión, Coppée, Severine— y cuenta que ya en estos últimos tiempos se había reducido mucho el círculo que frecuentaba el anchuroso piso del boulevard Poissonniere, donde abría la señora Rattazzi sus salones.

¿Por qué se despuebla un salón? Mil causas lo explican, siendo el éxito de un salón de las cosas más transitorias; pero en este caso, algunas razones plausibles se aducían desde luego. En primer término, sin duda, hay que contar la decadencia física de María Leticia Rattazzi, en otros tiempos, no muy lejanos relativamente, incluida en el catálogo de las *professional beauties* del mundo. El adorable cuerpo y rostro de aquella mujer no habían decaído de esa manera lenta y mansa que se parece á la invasión del otoño en un paisaje estival, y á la suave y melancólica substitución del otoño por un invierno frío, pero no agrio ni tempestuoso. — Habían decaído de pronto, arruinándose de una vez; incurable la sordera, vuelta ceguera casi total la miopía, ausente el cabello, arrugada la piel, deshecho el precioso edificio de un golpe. La sordera y la cortedad de vista robaron el encanto de la conversación, esa frescura del ingenio que desafia á los años, y así, alrededor de la que tuvo á sus pies dos generaciones, se formó, natural y sencillamente, el vacío, un vacío que disimulaban mal el constante ir y venir de la gente, y que agrandaba la muerte arrebatando implacable á las personas de aquel círculo ilustre de Aie les Bains...

* *

Cuando yo vi de cerca á la señora Rattazzi, ya estaba consumada la destrucción de su beldad, y sólo se mantenía eso que llamamos *el aire*, las líneas del cuerpo, el modo de andar, la curva de los hombros, muy semejante, dicen, á la de otras princesas de la casa de Bonaparte. Aún no la habían despojado, los que ella con gracia llamaba «sus ladrones de cámara», sino de una parte de sus regias joyas. A pesar del escarmiento de los dos primeros atentados — el de París, de resonancia europea, — el descuido y abandono con que aquellas joyas tan ricas se custodiaban, eran para alamar á los prudentes. Algunas de las más bellas, artísticamente hablando, estaban en una vitrina de cristales, en el piso bajo de un hotel de la Castellana, en sitio bien solitario de noche y con ventanas que no defendía ninguna reja. La puerta del hotel solía dejarse abierta por costumbre, y realmente los ladrones de cámara fueron asaz considerados en no arramblar con todo hasta que se ausentó la propietaria, dejando allí objetos de tan alto valor y tan tentadores.

He perdido la cuenta de las veces que fué desbalijado el guardajoyas de María Leticia; pero es lo cierto que después de tanto saqueo, aún le quedaron prendas muy notables; verbigracia, el famoso collar de los brillantes de color, las grandes calabazas negras de las orejas, un aderezo de turquesas magníficas, y el servicio de oro, de tocador, con las armas imperiales. — Y ya que hablo de joyería, recuerdo el hecho de que cuando la Rattazzi se presentó en Madrid por primera vez exhibiendo sus pedrerías, hubo quien las juzgó falsas; y habiéndolo sabido la dueña, las envió á casa de Ansorena para que las limpiase, obteniendo así indiscutible testimonio de que no eran sino buenas y legítimas.

La cortedad de vista fué causa de que, sin mediar cacos, perdiese la Rattazzi muchos objetos de valor, entre otros los impertinentes cuajados de brillantes, regalo de Víctor Manuel I. Y no sé en virtud de qué talismán no perdería el raro y artístico sello de oro con una gruesa madreperla, dádiva de la reina Isabel II. Lo vi rodar sobre las mesas de la redacción de la *Matinée*, y me sorprendió agradablemente que el conde de Solms, hijo de la nombrada escritora, me asegurase haberle recogido después de la muerte de su madre.

* *

En encajes, porcelanas, abanicos, autógrafos, podrían quedar un caudal á los herederos de la señora Rattazzi. De testas coronadas y de eminencias literarias y políticas, poseía esta señora mazos y mazos de cartas, verdaderos tesoros para la historia y para la crítica. Creo que vendió bastantes; al menos se lo he oído decir. Muchas debieron de sufrir extravío, ó desaparecer sin fruto para nadie. Daba pena considerar lo que pudo ser el archivo de una dama que intervino en tantos sucesos y se relacionó con tanto y tanto personaje, si el vértigo de una vida de con-

tinuos viajes y continua sociabilidad le hubiese permitido conservar y ordenar los manuscritos dispersos ó inutilizados.

* *

De las obras de arte reunidas en sus residencias, algunas gozan fama universal. Citaré el retrato conocido por *Retrato del guante*, admirable lienzo firmado por Corolus Durán, y que representa á la Rattazzi en el ocaso todavía espléndido de su hermosura, sonriente, enguantada una mano y la otra desnuda sosteniendo el guante de piel de Suecia. El retrato pensó el original legarlo, como recuerdo, al Museo de Madrid; después, una acogida cariñosa que dispensaron á la Rattazzi en Amberes, la decidió á cambiar de parecer, y es el Museo de Amberes el que se enriquecerá con este legado, al cual acompaña el busto, en mármol blanco, de la Rattazzi igualmente, obra muy notable del escultor Clesinger.

Llamaba la atención en el boulevard Poissonniere otro retrato, atribuido á Bonnat, hoy perteneciente á la Sra. Viuda de Vilanova, hija de Rattazzi; una Ninfa, estatua de mármol; una cristalera toda de porcelana de Sajonia antigua, auténtica; veladores de Sévres; todo mezclado y confundido con modernos *bibelots* y con muebles que se rompían y que no se arreglaban nunca, y con montones de libros y periódicos que rodaban por todos lados, en bohemio y pintoresco desorden. La pluma de Alfonso Daudet era la única que podía describir aquel interior, uno de los más curiosos de París.

* *

Y ya nada queda, de una existencia tan brillante en su primera mitad, enlazada estrechamente con los sucesos que determinaron la formación del reino de Italia y acaso la caída de Napoleón III. A decir verdad, ya poco quedaba, pero los restos proclamaban las grandezas desvanecidas. La actualidad pariente, alada y siempre vibrante de impaciencia, ha pasado su dedo de nácar por la casa del boulevard Poissonniere, y es asunto concluido; hasta feneció la Revista, sostenida durante tantos años por la actividad y la tenacidad de la Rattazzi, bajo el seudónimo de *Barón Stock*.

Al substituir al brillo y el ruido al silencio total, frío, de la huesa, las reflexiones filosóficas son tan fáciles, que debemos desdeñar hacerlas. Si se mira bien, ¿qué día no tenemos ocasión y motivo para gloriar los versos á «los infantes de Aragón» y aquellos otros á Itálica? ¡Qué de torres altas hemos visto caer, y no somos aún viejos, si por vejez se entiende el descenso de las fuerzas físicas!

Y la obra literaria de la señora Rattazzi tampoco sobrevive. Devorada por las circunstancias, esparcida en diarios, revistas y folletos, ó en libros publicados por diferentes editores, la posteridad difícilmente se orientará acerca de ella, y dentro de diez años pocos sabrán que la autora de *Portugal á vista de pájaro* fué un amenísimo cronista, un escritor atractivo y picante, un poeta tierno y fino. El ruido de su nombre perjudicó (¡extraño caso!) á su fama y labor literaria, sin permitir que nunca reposase y se consolidase en producción regulada y duradera.

¡Qué arduo es construir, qué laborioso cimentar, y qué presto se lleva el aire memoria, reputaciones, leyendas negras y doradas!

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El médico, el explorador y el marino son los tres tipos perfectos del valor moderno.

PABLO ADAM.

Lo sobrenatural de hoy puede muy bien ser lo natural de mañana.

JUAN RAMEAU.

Mi larga existencia me ha enseñado que es preciso perdonar mucho y no olvidar nada.

GUIZOT.

Puede muy bien suceder que nuestro respeto á todas las convicciones venga á parar en la indiferencia y nos deje sin energías para defender las nuestras.

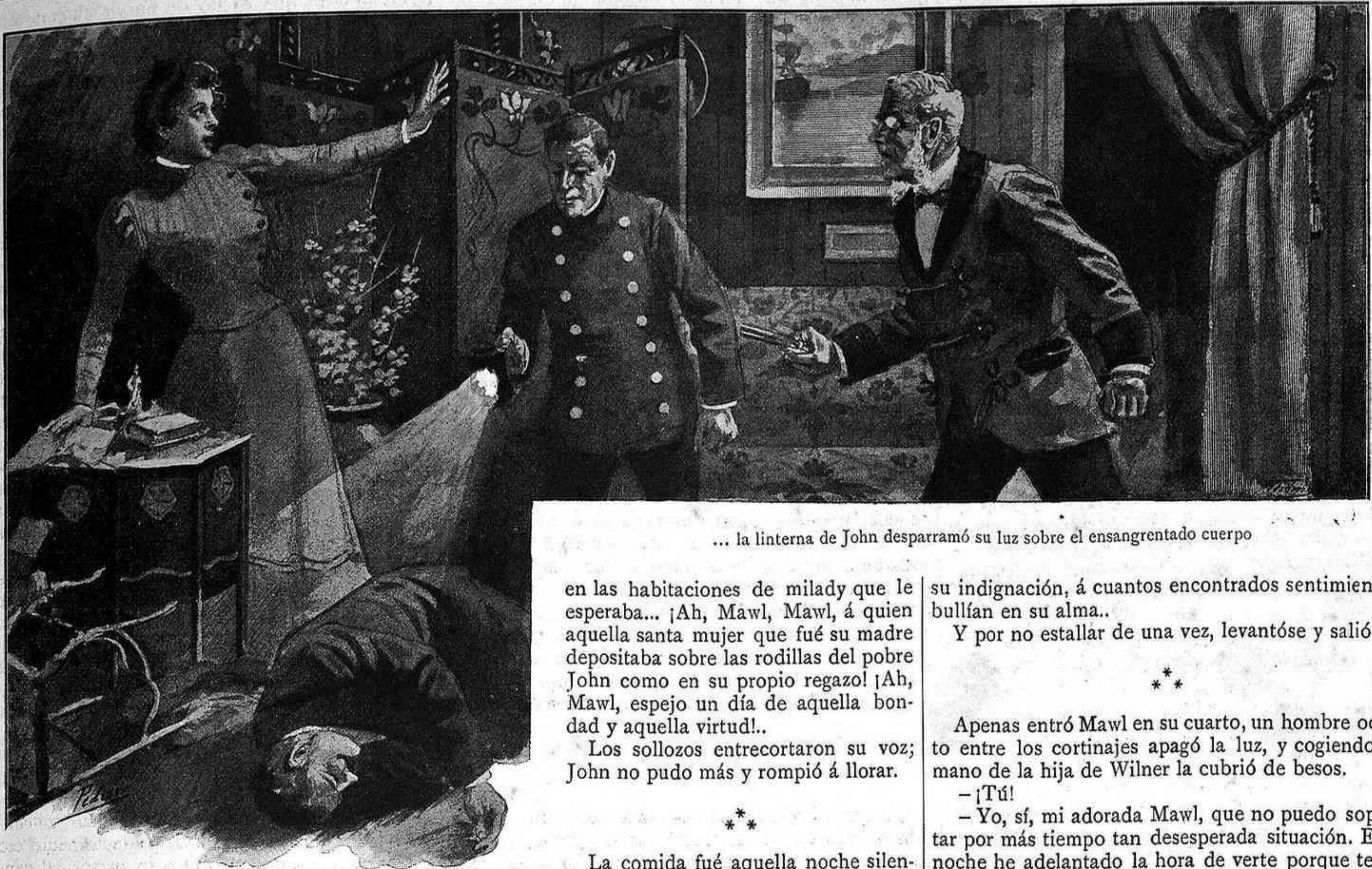
ENRIQUE SIENKIEWICZ.

Las paradojas son el desquite de las preocupaciones.

— Solidaridad social: poner en común las consecuencias de mi incapacidad ó de mis faltas con los frutos de la inteligencia ó del trabajo ajenos.

— La caridad obligatoria es el curso forzoso de la mendicidad.

G. M. VALTOUR.



... la linterna de John desparrramó su luz sobre el ensangrentado cuerpo

EL AMOR Y EL HONOR

No sé si es cuento, historia ó leyenda; pero inventado ó sucedido, el relato del extraño y melodramático suceso que voy á hacer os excitará de seguro vuestra curiosidad, como excitó la mía cuando oí referirlo en uno de mis viajes á Inglaterra. A mí me emocionó profundamente y lo tengo por muy verosímil, conociendo la rigidez de costumbres y el verdadero fanatismo del honor doméstico que aún conserva mucha parte de la rancia aristocracia inglesa.

Lord Wilner, antiguo oficial de la Armada de Su Majestad, pasaba la *season* en su magnífica quinta del Devonshire en compañía de su hija, la bellísima cuanto desgraciada lady Mewl.

Tengo que hablar al señor de un asunto gravísimo.

Con estas palabras sorprendió una mañana á lord Wilner su viejo ayuda de cámara John, un criado de antiguo régimen, fiel como un perro, leal y abnegado hasta el sacrificio, que había expuesto cien veces su vida por la de su señor en las duras campañas del mar.

De un asunto gravísimo, repitió John con firmeza ante la actitud entre sorprendida y enojada de lord Wilner.

¡Cómo! ¡Un criado iba á compartir un secreto, porque no podía ser otra cosa, con su señor! ¡Un *Shoking!*

Sin embargo, la curiosidad venció á la altivez, y como previniéndose el ánimo para algo desagradable, Wilner clavó su mirada en la de John y le dijo con voz queda, pero impregnada de cierto dejo de imperativa aspereza:

— ¡Habla!

El criado hizo un supremo esfuerzo, tuvo un sacudimiento interior del que se desprendieron sus últimos escrúpulos y exclamó con acento de convicción profunda:

— Señor, la casa de los Wilner está deshonrada.

Quedóse el viejo marino como petrificado; fijos sus ojos é inexpressivos, inmóvil su rostro... No tardó en rehacerse y en recobrar su sangre fría, al menos aparentemente.

— John — su voz era pausada y entera, — si uno de mis pares hubiese pronunciado tales palabras, no me habría sido posible contenerme, é igual me hubiese dado que fueran una verdad ó una impostura para castigarlas en el acto. Eres tú quien lo dice, y espero tranquilo las pruebas de tamaño baldón. Habla.

— He visto entrar á un hombre por la puerta pequeña del jardín, deslizarse cautelosamente entre las sombras y los árboles, arrastrarse como un reptil, oculto el rostro por amplia capucha, penetrar, en fin,

en las habitaciones de milady que le esperaba... ¡Ah, Mawl, Mawl, á quien aquella santa mujer que fué su madre depositaba sobre las rodillas del pobre John como en su propio regazo! ¡Ah, Mawl, espejo un día de aquella bondad y aquella virtud!..

Los sollozos entrecortaron su voz; John no pudo más y rompió á llorar.

La comida fué aquella noche silenciosa y triste. Wilner no despegó sus labios. John sirvió impasible. La niña Mawl parecía más preocupada que de costumbre. Algo siniestro se cernía en la atmósfera. Reinaba en la espléndida quinta del Devonshire ambiente de catástrofe.

Servido el te, el ayuda de cámara John salió, entornando la puerta.

— Mawl — tal era el acento de naturalidad que daba lord Wilner á sus palabras, que nadie hubiese sospechado la tremenda lucha que agitaba su espíritu. — Mawl, me había propuesto no volver á decir palabra sobre... esto, pero es necesario.

— ¿Qué tenéis que decirme de nuevo?

— Mawl, tú amabas á tu marido.

— Le amo aún, le amaré siempre.

Wilner se quedó un poco desconcertado. Luego prosiguió:

— Bien. Walter cautivó tu corazón virgen. Fué tu primer amor.

— Mi único amor.

— Tu único amor.

Wilner subrayó casi imperceptiblemente estas palabras, haciendo traición á su voluntad, que no quería que se dejara traslucir lo más mínimo su pensamiento.

Mawl, por su parte, no dió señal alguna de desconfianza.

— Puedes amarle, continuó el padre; perdonarle, no.

— Perdonarle...

— Perdonarle, no. Era un *gentleman*. Se olvidó de quien era él, de quien eres tú, de quien soy yo. Arrebatado por la pasión del juego, deshonoró su nombre... Como lo expulsaron del club, lo expulsé yo de nuestro hogar. Un Walter no puede cobijarse bajo el mismo techo que un Wilner. Un tahur miserable...

— Señor, ¿á qué os complacéis en la tortura que me produce ese recuerdo? Ya me resigné. Vuestra voluntad se ha cumplido. Nuestra separación salva nuestro honor.

— Sí, vuestra separación eterna. Por fortuna, la Providencia no quiso concederos hijos que hubiesen sobrellevado, inocentes, el oprobio del nombre de su padre. Pero ¿me preguntas por qué renuevo ese recuerdo? Oyeme.

Mawl hacía esfuerzos por no perder la serenidad. Su emoción la vendía.

— Oyeme. Perdonarle, no. Respetarle, sí. Walter no merece tu perdón. Walter tiene un sagrado derecho á tu respeto. Es tu marido. Llevas su nombre. Y debes llevarlo con honor por tu honor mismo, por nuestro honor.

— ¡Ah!, respiró Mawl con un suspiro intenso, prolongado, como de satisfacción y desahogo.

— De lo contrario, ¡ay de ti!, ¡ay de todos!..

Wilner estuvo á punto de dar suelta á su cólera, á

su indignación, á cuantos encontrados sentimientos bullían en su alma..

Y por no estallar de una vez, levantóse y salió.

Apenas entró Mawl en su cuarto, un hombre oculto entre los cortinajes apagó la luz, y cogiendo la mano de la hija de Wilner la cubrió de besos.

— ¡Tú!

— Yo, sí, mi adorada Mawl, que no puedo soportar por más tiempo tan desesperada situación. Esta noche he adelantado la hora de verte porque temo que nos espían. Es preciso acabar. Ayer me pareció distinguir un bulto acechando mi entrada por la puerta pequeña del jardín. Decídete. Huyamos. Ya no tengo más vida, ni más amparo, ni más felicidad en el mundo que tu amor.

— ¡Desdichada de mí! Huir será la muerte de mi padre.

— Quedarte será mi propia muerte. Sí. Yo me mataré.

— ¡No, no! ¡Te amo, te amo, te amo!

Mawl cayó desvanecida.

— Sin duda, señor. He examinado la puerta del jardín. Ha entrado ya.

— Adelante.

John llevaba una linterna sorda. Wilner empuñaba con la mano crispada una pistola de dos cañones.

— ¡Miserables!, gritó Wilner irrumpiendo en la habitación.

Y descerrajó un tiro sobre el hombre, que se desplomó instantáneamente.

Cuando iba á disparar el segundo tiro sobre su hija, muda de espanto, la linterna de John desparrramó su luz sobre el ensangrentado cuerpo que yacía en el suelo.

¡Era el de Walter!

JOSÉ DE LASERNA.

UN PERFIL DE TOLSTOI

Pocos hombres han ejercido en el mundo intelectual y social una influencia tan directa y tan honda como la que ejerce Tolstoi: pocos hombres también han suscitado tantas, tan enérgicas ni tan contrarias pasiones como las que él suscita. Su palabra, traducida en sus escritos, suena á través del mundo como un clarín de guerra. A su voz, las muchedumbres se enardecen y las sectas se agrupan. Y es que el ilustre maestro tiene en sus predicaciones el proselitismo del apóstol, la vocación del mártir y el entusiasmo del caudillo.

Pero este apóstol, este maestro, este caudillo tiene no sé si la suerte ó la desgracia de que no todos lo entiendan. Con ser su doctrina tan sencilla, tan pura en su origen, tan radical en su tendencia, cada cual la traduce á su modo y la aplica á su personal conveniencia. La aristocracia cree que Tolstoi es un desertor de sus filas, que arrojó el severo uniforme, vistiendo la blusa del aldeano, por el solo gusto de fustigar á las clases privilegiadas y lanzar contra ellas á los desheredados.

El pueblo que sufre, llora, amenaza y espera, ha hecho del venerable apóstol ruso, no su defensor, sino su panegirista. Cree que Tolstoi no solamente se confunde con él en odios y aspiraciones, sino que lo ha de llevar al asalto de todo lo que anhela.

El Santo Sínodo fulmina contra él sus rayos en la creencia de que el gran sociólogo labora contra la iglesia cristiana. Los espíritus exaltados creen que entre ellos y Tolstoi hay una conformidad, una comunidad de pensamiento, que lo erige en colaborador, director y jefe de los de abajo.

Tolstoi, entretanto, no está en la cima, ni tampoco al pie de la montaña. Es un creyente, es un místico; y cuando mira hacia arriba, sólo ve bullir y luchar por lo material, por lo terreno, á los mismos mercaderes que el Señor arrojó del templo, en tanto que allá, en lo profundo del valle, hormiguea la multitud hambrienta, pero injusta y apasionada, que pidió el martirio de Cristo y la libertad de Barrabás. Bastan dos, de las numerosas obras de Tolstoi, para la exposición de su doctrina, varia en apariencia, una en el fondo. La novela *Resurrección* es el anatema lanzado contra la aristocracia por los de abajo, por los humildes.

La heroína del libro es una mujer perdida... Perdida por un aristócrata; juzgada y condenada por un tribunal de aristócratas y antiguos seductores; conducida á Siberia por oficiales y soldados, instrumentos de aristócratas, que indiferentes empujan hacia las estepas heladas los rebaños humanos.

Los miserables, los desheredados, los perseguidos, se regocijan. Tolstoi es su vengador; su libro, su venganza.

Pero hay (en apariencia, no en realidad) otro Tolstoi: el autor de *Poder de las tinieblas*. El ogro aquí es el aldeano; la escena es la choza perdida en el bosque. La podredumbre es tanta abajo como arriba, acaso mayor. El aldeano aparece pervertido; todas las bajas y menudas pasiones combaten en él. Ganar dinero ó robarlo y esconderlo, he aquí su suprema aspiración. La avaricia domina, ahoga, todos los instantes... Entre los aldeanos también hay un D. Juan, un seductor brutal, más criminal, más fiero que el seductor aristócrata de *Resurrección*. El autor se complace en detallar los horribles refinamientos de la crueldad del aldeano. Arrebata al hijo de la mujer seducida y abandona su propio hijo, lo arroja á un foso, lo cubre con una tabla, se sienta encima y escucha crujir sus huesos.

Tolstoi no es ya el azote del aristócrata, ni el nivelador que hemos visto antes capitaneando las falanges de los de abajo contra los de arriba. ¿Es que Tolstoi se contradice? Eso creen los que han hecho del apóstol ruso ó su enemigo sistemático ó su obligado é incondicional colaborador. Pero en realidad, si existe contradicción hay que buscarla entre los discípulos del maestro. Tolstoi va derecho á su fin, á desarrollar su doctrina. Hace su camino sin torcerse á derecha ni á izquierda. Gentiles hombres ó rústicos paisanos todos son unos en esencia, todos necesitan reforma. Tolstoi sueña en una reorganización de la vida. No va al nihilismo, ni tampoco al cesarismo. No niega la fe, pero no la hace ciega. Tolstoi lleva dentro de sí un ideal divino de amor y de bondad que lucha á cada paso con el positivismo de la vida. Es nihilista para la perversión que nace de las imperfecciones sociales. Es conservador, mejor dicho, evocador de la verdad que él ve confundida con el cristianismo. Tolstoi es un místico de la anarquía. El va hacia la luz que brilla lejos, pero luz al fin. Los otros, los de arriba y los de abajo, los hartos y los desesperados, no saben adónde van.

J. P. LATORRE.

SIN MADRE

En una de mis excursiones por los barrios pintorescos de París que han escapado á la piqueta demolidora de los Haussmann, y que forman aglomeraciones vetustas, perdidas en modernos ensanches, no pude resistir á la curiosidad que despertó en mí el aspecto de un caserón de la calle Maître Albert, que ostentaba encima de la puerta y en negros caracteres sobre un fondo gris indefinible esta extraña muestra:

Hotel-Restaurant de los Mendigos.

Deseoso de conocer aquel establecimiento, penetré en el comedor, cuyas mesas estaban aún casi todas desocupadas, y me presenté á una matrona de abultadas formas y plácida fisonomía, que estaba sentada, como en su trono, detrás de un ancho mostrador.

— ¡Ah, usted escribe en los papeles públicos!, exclamó al enterarse de mis deseos. Espere un instante... ¡Nicolás!

Un mozo que respondía á este nombre acudió al llamamiento de la matrona, que le dijo:

— Estate aquí... Yo debo ausentarme un rato con este caballero.

En el tono en que dió la orden, adiviné que era el ama de la casa.

— Yo misma voy á enseñar á usted lo más curioso de mi establecimiento, me dijo descolgando un manojito de llaves que pendía de un garfio al lado del casillero de las servilletas.

El inmueble es un edificio macizo, resto de algún hotel aristocrático ó de algún convento transformado después de la Revolución.

Mi guía asegura que fué una dependencia del castillo que la reina Blanca — Doña Blanca de Navarra, segunda esposa de Felipe de Valois — mandó construir en el siglo XIV, en la calle del Fer-à-Moulin. Puede ser; pero la aclaración de ese dato arqueológico no hace falta á mi relato.

Lo cierto es que la escalera, monumental, conserva algunas trazas de su pasado esplendor. La baranda es de hierro artísticamente forjado. En el remate de las pilastras y en el centro de las bóvedas, de estilo gótico, se ven delicadas esculturas. Las ventanas son ojivales, de una elegancia esbelta.

La casa contiene 104 camas, distribuidas en una docena de dormitorios. El edificio es vasto y no se ha desperdiciado ni un palmo de terreno. Un rincón entre el muro y la escalera se halla convertido en cuarto. En él veo una cama y en la cama un hombre, expuesto á las inclemencias del tiempo, entre un ventanillo sin cristales y un boquete de entrada sin puerta.

— ¿Los inquilinos de usted no tapan esas aberturas en invierno?, pregunto á la hostelera.

— ¡Bah! No son tan delicados, me contesta encogiéndose de hombros.

Entramos en un dormitorio de doce camas de hierro que casi se tocan. Los jergones de maíz están cubiertos con una especie de sábanas grises y una manta de lana pardusca. Casi todos los lechos están vacíos; sólo hay cuatro ó cinco individuos envueltos en sus andrajos; algunas ropas de uso, mugrientas y rotas, extendidas sobre los camastros, cubren los agujeros de las mantas.

— Esos duermen la mona, explica la dueña de la casa.

«O meditan alguna fechoría,» pienso yo, al ver la espantosa fisonomía de aquellos individuos. Sus rostros verdosos, como tumefactos, que no llegan á animar los ojos entreabiertos, recuerdan á los asfixiados tendidos en el cinc de la Morgue. El aire que respiran, cargado de fetidez, les amodorra, paraliza sus nervios, apaga en sus cerebros los débiles fulgores de sentimiento y de razón que aún brillarían quizás en una atmósfera menos malsana.

En este momento carecen de voluntad. La idea de sacudir su embotamiento, de desplegar energía, resolución y fuerza, no se les puede acudir. Experimentan la invencible impotencia de obrar que se apodera de los suicidas por el ácido carbónico, cuando las emanaciones del brasero han llenado las células de sus pulmones. Se hallan dominados por una estúpida pereza. Para sacarlos de su amodorramiento necesitarán la sacudida de un vaso de aguardiente.

Subimos á otro piso, luego al tercero y por último á las buhardillas, y en todas partes hallamos la repetición de aquellos focos de sofocante infección y de inaudita miseria.

— ¿A qué clase pertenecen generalmente sus inquilinos?, pregunto á la matrona.

— A todas, contesta, menos á la millonaria. Aquí hay mendigos, vagabundos, saltimbanquis, mozos de cordel, músicos callejeros, toda la plana mayor del arroyo.

— ¿Y cuánto pagan de hospedaje?

— Treinta céntimos por noche.

— ¿Tiene usted muchos?

— Todos los que caben en la casa. Los que no quieren quedarse á la luna de Valencia por falta de cama, la comprometen por la mañana, antes de salir; van á sus quehaceres y se retiran entre diez y doce de la noche.

— ¿Todos?

— Algunos hay que no se acuestan hasta que va á despuntar el día; pero tenemos huéspedes formales.

— ¿Qué entiende usted por huéspedes formales?

— Los tranquilos, que no se meten con nadie y pagan siempre al contado.

— ¿Y de qué viven esos prodigios de formalidad?

— ¡Vaya usted á saber! Vendiendo baratijas, pidiendo limosna, haciendo juegos de manos, ejerciendo toda clase de buenas y malas industrias.

Ya de retirada, me llamó la atención un cuartito de la planta baja, que contrastaba por su aseo con los demás del edificio.

— Este es el cuarto de los Valery, dijo la hostele-

ra en un tono que excitó de nuevo mi curiosidad.

— ¿Quiénes son los Valery?

— Una familia muy interesante, que después de haber vivido en la opulencia, se ve reducida á ganarse el pan de cada día cantando y tocando el violín por la calle... Precisamente allí los tiene usted, en la esquina de la plazuela, donde todas las mañanas dan su última *audición* antes del almuerzo.

Un hombre de mediana estatura, de rostro enjuto y barba gris, con mucha tristeza en los ojos y mucha distinción en toda su persona, cubierta la cabeza con un sombrero hongo, negro y suave, y abrigado el cuerpo con ropas cortadas sin duda por un buen sastre, pero algo deformadas y raídas por un largo uso; un hombre en cuyo semblante resplandecían la bondad y la resignación, acompañaba en el violín á una muchacha de unos diez y seis años que con dulce voz y singular expresión cantaba una romanza sentimental.

La cantora era bonita, rubia, de ovalado rostro, blanco cutis, ojos claros, con mucho candor y mucha dulzura en la expresión. Vestía un sencillo traje de lana, á cuadritos blancos y azules, cuya holgura no acertaba á dibujar la robustez de las formas; llevaba al cuello una blanca pañoleta de algodón, y pendiente de un cinto de cuero una cartera de viaje.

Acompañaba á los dos concertistas callejeros una preciosa niña de unos diez años, morena, de facciones delicadas y expresión melancólica, vistiendo un tosco traje de lana pardusca y vendiendo ejemplares de la romanza que cantaba su compañera.

— Son padre é hijas, dijo la dueña del hotel. Hace tres meses que me tienen alquilado este cuartito que usted acaba de ver. Le tienen dividido en dos compartimientos por medio de una cortina; en uno duerme el padre, que se pasa las veladas escribiendo, y el otro sirve de dormitorio para las niñas, de cocina y comedor para los tres. Son de una pulcritud extraordinaria, y da gusto ver el aseo con que llevan su modesto hogar y sus personas. Se levantan temprano, salen á las ocho y vuelven á la hora de almorzar, para salir de nuevo á las dos y retirarse al anochechar.

— ¿Y cuánto les lleva usted por el cuartito?

— Ni más ni menos que á los otros: sesenta céntimos por las dos camas.

En esto la familia Valery había terminado su *audición*, como decía la robusta patrona, y se encaminaba hacia el hotel.

Al entrar nos saludaron cortésmente, y yo detuve á la niña para comprarle un ejemplar de la romanza. Púsele un franco en la mano, diciéndole que se quedase con la vuelta.

La romanza titulábase *Sin madre*, y se me figuró, desde luego, que entre su asunto y el caso de aquella desventurada familia había relación estrecha.

— ¿Conoce usted la historia de esta pobre gente?, pregunté á la hostelera.

— Me la contó el Sr. Valery al refugiarse en mi casa.

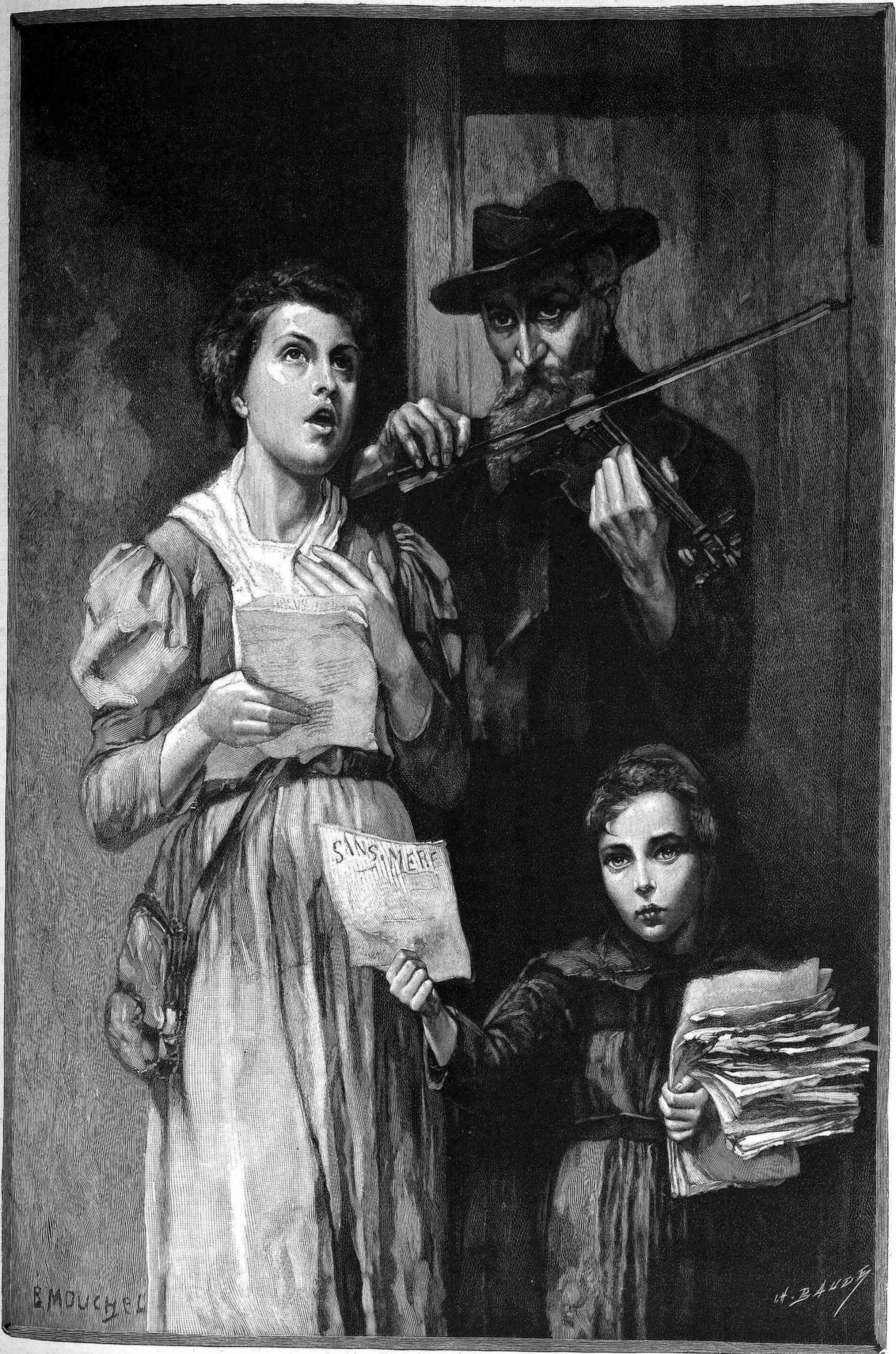
Deseoso de conocerla, entré en la sala del restaurant y supliqué á la dueña que me dispensase el honor de tomar conmigo *el aperitivo*. Ella aceptó gustosa, mandó servir dos copas de Madera y me refirió la siguiente historia:

«La familia Valery se componía del matrimonio y dos hijas. La mayorcita recibió una educación apropiada al rango y fortuna de sus padres, pertenecientes á la alta burguesía y poseedores de un grueso capital. A los catorce años, Alicia, que así se llama, no sabía pegar un botón ni freir un par de huevos, pero pintaba acuarelas, tocaba el piano y cantaba romancitas de salón.

»Mientras las niñas eran educadas para brillar en el gran mundo, los padres derrochaban el oro á manos llenas. Daban fiestas magníficas en su casa, puesta con un lujo asiático y llena de objetos artísticos de gran valor. Tenían soberbios caballos, numerosos coches, palco en la Opera y en el teatro Francés, y parecía que su fortuna era inagotable.

»El Sr. Valery había desempeñado en la Administración pública un elevado cargo que le permitía entregarse, sin riesgo alguno, á grandes especulaciones. Desposeído de su cargo, en un cambio de gobierno, jugó á la Bolsa con la esperanza de poder sostener su boato. La fortuna le fué adversa, y á medida que se arruinaba, iba aumentando la opulencia de su tren de casa para sostener su crédito.

»Llegó, sin embargo, el momento en que no pudo ocultar el estado ruinoso de sus intereses, y todos los acreedores se le echaron encima. El desastre fué tan completo como rápido. La señora de Valery murió del trastorno, y su esposo, de la noche á la mañana, se encontró en la calle con sus dos hijas. No tenían parientes que los ampararan; los amigos que habían ayudado á arruinarles, les volvieron la espalda



SIN MADRE, cuadro de Maria Berta Mouchel. (Véase el artículo de la pág. 236)

da; sus antiguos tertulianos y comensales les cerraron las puertas de sus casas. El pobre señor, que no era mal violinista como aficionado, recurrió á su habilidad de instrumentista y á las facultades vocales de su hija mayor, para disimular bajo el cultivo del arte la mendicidad á que se veía reducido para no morirse de hambre. Una tarde vinieron á parar aquí por casualidad; me enteré de su desdicha y les albergué en la mejor habitación de mi casa, donde vegetan tranquilos y relativamente felices.»

Parecióme que la manera de expresarse y las amabilidades de la hostelera revelaban una educación superior al medio en que vivía.

— Usted ha nacido, señora, y se ha educado en una esfera distinta de esta en que ejerce su extraño comercio, le dije mirándola fijamente.

Ella se sonrió con amargura y contestó mientras sus ojos se velaban de tristeza:

— La historia del Sr. Valery es la historia de mi padre, con la diferencia de que era ya viudo cuando se arruinó en la Bolsa y de que en la desesperación se pegó un tiro. Huérfana de padre y madre á los diez años, acudí también á la mendicidad por no morir de hambre. ¡Qué espantosos días aquellos en que sin hogar y sin familia me encontraba perdida en el inmenso París! Busqué trabajo; gané algún dinero ayudando á servir en las casas; uní mi suerte á la de un criado que tenía algunos ahorros; enviudé á los pocos años, y recordando mis angustiosos días de mendicidad, invertí mi pobre capital en instalar este hotel para albergue de mendigos.

Llamé al mozo para pagarle el gasto, á lo que se opuso la patrona. Díle á ésta las gracias por sus bondades, y me fuí meditando sobre las grandezas y miserias de este mundo.

JUAN B. ENSEÑAT.

A MEDIA NOCHE

...Allá iban jinete y espolique envueltos en una nube de polvo.

La hora, el sitio, lo solitario del camino y el fondo sangriento de los celajes del ocaso hacia donde corrían aquellas dos sombras, todo parecía plagiar algo funesto. Los vences, semejantes á espíritus negros desprendidos por la muerte, atravesaban volando la llanura inhospital. En la encrucijada de dos malos caminos de herradura, si bien uno de ellos mucho más solitario y temeroso, tiró el jinete de las riendas al caballo y lo paró, dudando entre cuál de los dos elegiría; y el espolique, que corría delante, parándose á su vez y mirando alternativamente á una y otra senda, preguntó en dialecto:

— ¿Por qué mano echamos?

El jinete dudó un instante antes de decirse: después contestó:

— Por donde sea más cerca.

— Como más cerca es por bajo; solamente que por Celtigos se evita pasar de noche la robleda del molino... ¡Tiene una fama! ¡Madre de Dios de Bradomín, qué fama tiene!

Volvió á dudar el de á caballo, y tras un momento de silencio á preguntar:

— ¿Cuánto más podrá haber por uno que por otro lado?

— Lo que hay... Por eso aún le es un buen pedazo.

— ¿Habrá tanto como de aquí al molino?

— Habrá bien.

El jinete dejó de refrenar el caballo.

— ¡Es mucho! ¡Es mucho!

Y sin detenerse echó por el más solitario de los dos caminos que atraviesan aquella llanura cubierta de hierba desmedrada y seca que le da un aspecto de triste monotonía, sólo interrumpida por los sauces que á lo lejos marcan la línea irregular del río. El mozo, que se había quedado un tanto atrás, observando el aspecto del cielo y el dilatado horizonte en donde aparecían ya muy desvaídos los arboles del ocaso, corrió á emparejarse con el jinete.

— ¡Pique bien!.. ¡Pique bien!.. A ver si aún tenemos luna para pasar la robleda.

Pronto se perdieron en una revuelta, al bajar la trocha que desde allí sombrea hasta la «Calle Vieja» añosos y copudos álamos que llegaban más

allá de la casa solariega de unos hidalgos que llaman los Balaños.

— Vaya prevenido por lo que puede saltar, dijo al jinete en tono quedo el espolique en el momento

junto á la iglesia de Bradomín, que está en la hondonada, se detuvieron para dejar paso á un arriero que iba medio dormido sobre su mula arrebujada en una manta.

— Puedes volverte con el caballo. Yo desde aquí bien me pongo del otro lado... Con pasar la barca..., dijo á media voz el jinete.

— Más mejor, salvo su parecer, es llegar hasta Bradomín y luego volver por la vereda, que es camino más cierto...

— No, no; si recelas algo, aún alcanzas á ése. Monta, si quieres: todavía se le ve.

Y señalaba al arriero, que lentamente subía por la honda trocha cubierta de hojas secas y llena de charcos, donde se reflejaba la luna. Obedeció el espolique, y una vez sobre la silla, se inclinó para escuchar al caballero, que le habló en voz baja. Terminado el coloquio, que fué breve, el caballero se hizo á un lado para dejar paso al rocín, y murmuró llevándose un dedo á los labios:

— ¡De lo de esta noche, ni esto!..

— ¡Descuidel, repuso el mozo alejándose.

Dió alcance al arriero á tiempo que empezaban á caer gruesas gotas de agua, que á los dos obligaron á espolear sus cabalgaduras.

¿Quién era aquel hombre que quedaba parado en medio del camino? ¿Adónde iba? Yo no os lo podré decir. Tal vez fuese un emigrado. Tal vez huyese á Portugal. El caballo que montaba era overo, y de semejante color no había en toda aquella tierra otro alguno que el del abad de Framil, tío del famoso señorito del Pazo de Balaños, del cual se susurraba que pertenecía á la facción y que entonces andaba muy perseguido. Probable es que fuese él.

Soplaba en ráfagas el viento, estremeciendo los álamos del camino, que cabeceaban tristemente inclinando sus copas al suelo; y á un lado, en un claro del ramaje que iluminaba la luna, descubriase el molino. Era de aspecto sospechoso y siniestro, y estaba situado en una revuelta. Sentada al pie del postigo, que aún permanecía abierto en hora tan desusada, estaba una vejezuela rezando medrosamente.

— ¿Está Brión?, preguntó el arriero cuando estuvo cerca.

— No le está, contestó la vieja suspirando; salió poco hace en busca del rapaz, que se marchó anochecido y no pareció más.

— ¿Tendrá por ahí algún divertimento?

— ¡Ojalá tuviera!

— Y diga, continuó el otro. ¿Han pasado estos días muchos arrieros?

— Pasaron bastantes.

— ¿El Ginesín también?

— También.

— ¡Me valga Dios!, dijo contrariado el arriero.

Y espoleando la mula otra vez y con mayor prisa emprendió el camino.

— ¡Si me halla por ahí á ese enemigo de hijo, mándemelo!, gritó apenada y por postrera vez la vieja.

Pesadas nubes encapotaban el cielo, sobre el cual recortaba su oscura silueta, allá muy en la hondonada, la iglesia de Bradomín cuya única campana sonaba lentamente con

el toque del nublado. Percibíase de un modo vago y misterioso el rumor de la corriente que alimenta el molino, y en ocasiones semeja alarido de can que viente la muerte ó gemido de hombre á quien quitan la vida; y el airoso creciente de la luna se dibujaba todavía en el cielo, cuando de pronto una de las cabalgaduras se detuvo espantada y poco faltó al jinete para dar en tierra. Tendido en mitad del camino y muerto á lo que parecía estaba un mocetón alto y moreno. Tenía una hoz asida fuertemente con la diestra; descalzos los pies, que parecían de cera; la boca llena de sangre; los ojos ya vidriados é inmensamente abiertos; desfigurado por una herida en el rostro y chamuscada la barba, que era muy negra.

— ¡Es el Chipén!, dijo azorado el arriero. ¡El hijo del molinero de ahí!

Y cambiando repentinamente de tono, preguntó al mozo, el cual estaba en extremo demudado.

— ¿A qué hora has pasado tú por aquí?

— Temprano, repuso el otro con voz no muy segura. Miróle su compañero á la cara, y con sonrisa socarrona y pícaro exclamó:

— ¡Estás tú bueno!

Y refrenó la mula para bajar la cuesta.



ESTATUA DE D. AGUSTÍN ARGÜELLES, obra de José Alcoverro

en que atravesaban el peligroso robledal del molino.

— No hay cuidado.

— Haile, y bien que le hay. Una vez, era uno así de la misma conformidad de usted, porque tampoco tenía temor, y en la misma puente le salieron dos hombres y robáronle todo, y no lo mataron por milagro de Dios...

— Esos son cuentos de una vez...

— ¡Tan cierto le es como que todos nos hemos de morir! Hará ahora de esto un suponer...

Y se interrumpió lanzando una exclamación de susto que hizo estremecer al jinete y le previno. Movieron las zarzas de un seto separadas con fuerza, y una sombra negra saltó en mitad del camino y dió el alto con voz bronca y de resuelta amenaza, enarbolando una hoz que, suspendida sobre la cabeza del jinete, brilló un momento con siniestro resplandor, sólo comparable con aquel tan rápidamente difundido por el inesperado fognazo que se siguió inmediatamente, iluminando con azulada vislumbre el rostro zaino y barbinegro de un hombre que tenía asidas las riendas, y que se tambaleó y cayó pesadamente. Encabritóse el caballo, chispearon las piedras bajo las herraduras y se hablaron atropelladamente los dos hombres al emprender la huída. Pronto dejaron el camino de herradura por otro de ruedas, y

COSTUMBRES VALENCIANAS. - FALLES DE SEN JOSEPH

El centro de las cuatro esquinas donde se traspasan las dos calles, es el lugar destinado para la falla. Allí se levanta su pedestal de madera forrada con lienzo pintado, y sobre él las figuras inmóviles en su actitud de acción interrumpida.

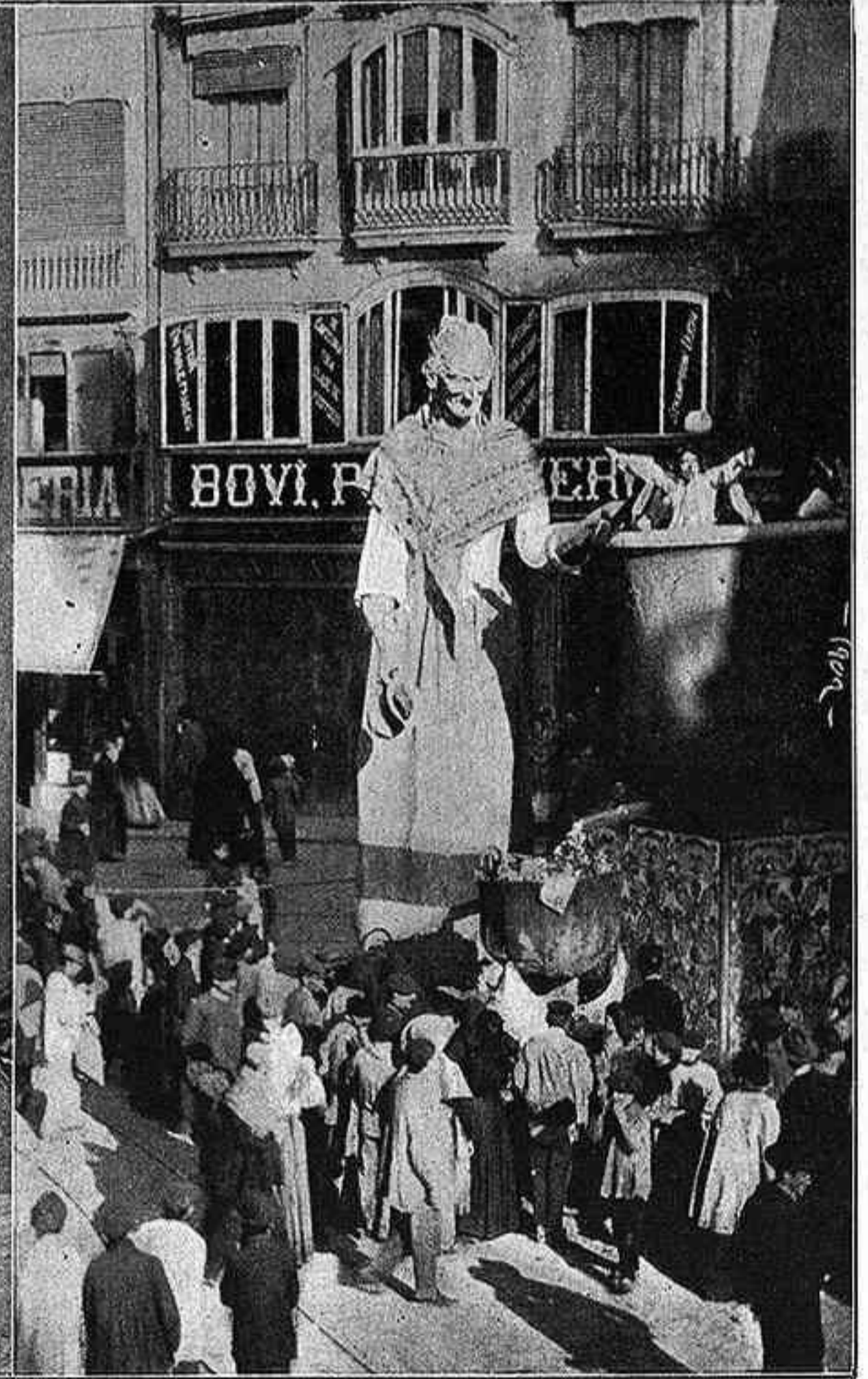
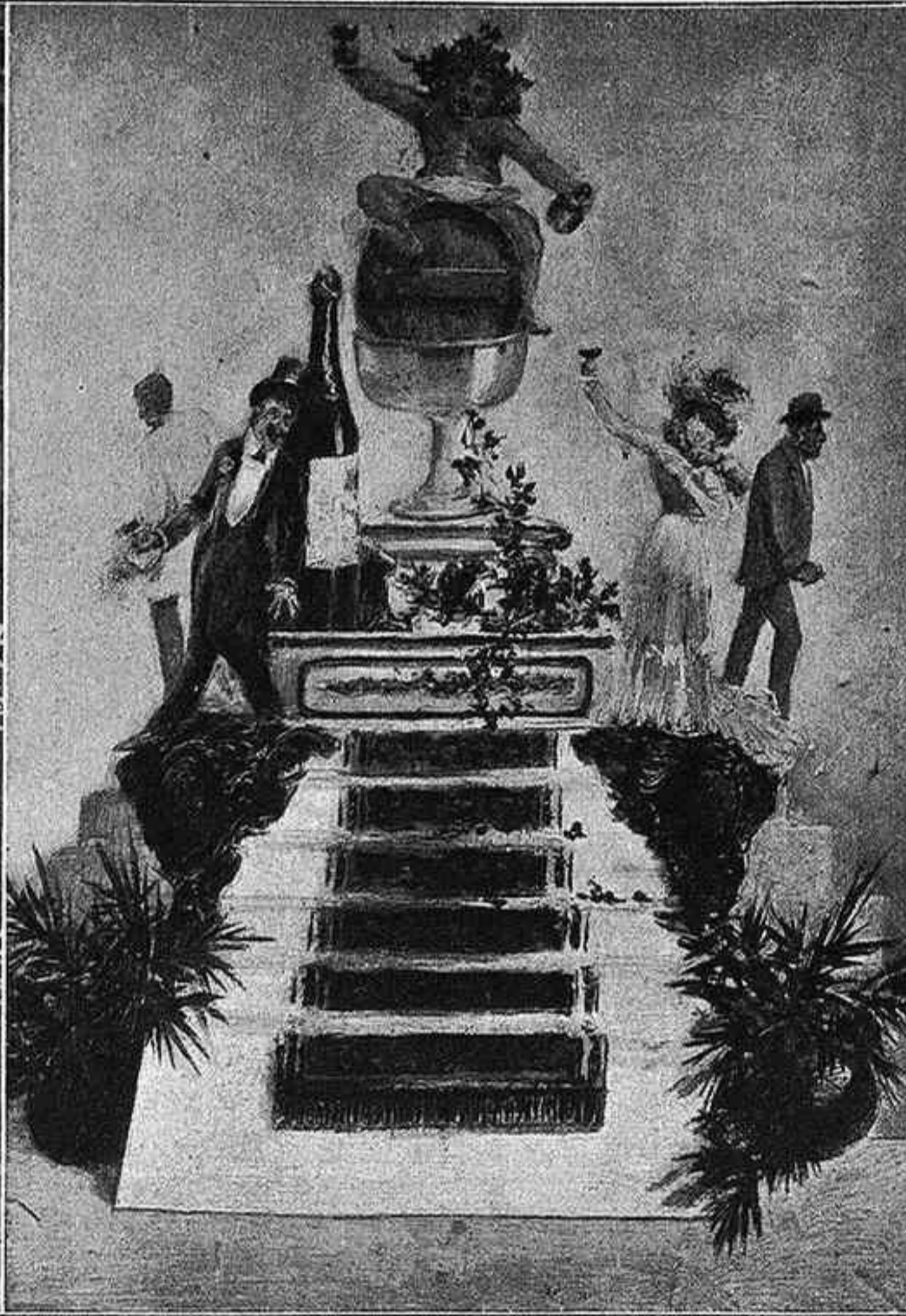
Los usos, las tradiciones, el dialecto, las costumbres son la nota que caracteriza á los pueblos, que

po; pero al fin se desistió del añejo argumento, y la *falla* tomó su asunto en la política.

Como parece que todos tenemos derecho á criticar y censurar á los políticos, sin ponerse nadie de acuerdo, viendo que aquello no originaba disgusto alguno, sino que, por el contrario, la *falla* que demostraba más satírico ingenio era la más ensalzada,

Una loca alegría saluda á la primera campanada de las doce con que termina el día de San José; la *falla* empieza á quemarse, el aire anima las llamas, sigue alborotando la multitud y después todo aquel artístico catafalco se convierte en una gran hoguera por la que saltan los chiquillos inexpertos.

Desde el Miguelete el efecto es sublime. Una al-



COSTUMBRES VALENCIANAS. — LES FALLES DE SEN JOSEPH EN 1902. — Falla de la plaza del Príncipe Alfonso, que ha obtenido el primer premio del Ayuntamiento y de la sociedad *L'Antigor*. — Falla de la calle de Ruzafa, que ha obtenido el premio de *Lo Rat Penat*. — Falla de la plaza de la Reina, que ha obtenido el segundo premio del Ayuntamiento (de fotografías remitidas por D. Luis Zorahyta).

os diferencia. La calmosa Galicia, que entretiene su nostálgica pereza con los dulces gangueros de la gaita, y la ardiente Andalucía, que enardece su alegre bullicio con vibrante rasguear de guitarra é inquieto repiqueteo de palillos, serían una población más ó menos populosa en donde el clima haría agradable la estancia según el gusto de cada uno.

De las capitales españolas, Valencia es una de las que más se destacan en cuestión de fiestas populares.

Aunque el progreso va borrando mucho las clásicas costumbres, todavía conserva el pueblo valenciano bastante de sus árabes abuelos. La blanca *barraqueta* de los alrededores de la capital se repliega hacia la huerta como paloma medrosa que huye al ruido, y la pareja de labradores ya no visten el típico traje que tanto los embellecía; sin embargo, más ó menos adulteradas, las costumbres se siguen manteniendo.

La pólvora, el fuego, constituye la pasión más grande de este pueblo. No hay una sola fiesta en donde no se oigan los prolongados silbidos del cohete, en caso de faltar la estrepitosa *traca*. *Les falles*, aunque no tienen analogía con la pirotecnia, demuestran, sin embargo, la tendencia que dejo anotada.

Si alguno conociese las *fallas* sólo por su origen, se sorprendería seguramente al ver las que hoy se queman en la noche de San José, porque antiguamente sólo se prendía fuego á montones de leña y trastos viejos. Por aquella época, en la que dominaba el Santo Oficio, los carpinteros quemaban, la víspera de su patrón por la noche, maderas inservibles y virutas que amontonaban al barrer el taller, pero acostumbrados á presenciar la cremación de sus semejantes, ridiculizaban los autos de fe arrojando en las hogueras peles que siempre tenían alguna intencionada significación. A veces colgaban de un palo al muñeco, imitando á los ahorcados, y más tarde estos peles fueron representando escenas de la vida privada de algún vecino que servía de mofa y escarnio. Origen dió esto á graves disgustos y complicaciones peligrosas, que tenían, la mayoría de las veces, un final trágico y desastroso.

A pesar de los disgustos y colisiones que todos los años proporcionaba la *falla*, siguió ésta teniendo el mismo significado por espacio de muchísimo tiem-

los *falleros* procuraron que sus respectivas producciones resultaran superiores en todo á las demás. En vista del arte que se iba demostrando en ellas, se concedieron premios honoríficos y en metálico por el Ayuntamiento y sociedades particulares; desde entonces la competencia es notablemente agradable, y hasta hay *falla* que da verdadera compasión al recordar el final que le aguarda.

Una comisión de vecinos, entre los que figura el dueño del cafetín ú horchatería, son los encargados de recaudar entre el barrio la cantidad por la que cada uno se suscribe, con objeto de contribuir á los gastos que la *falla* proporcione.

A la puerta del cafetín empezó su dueño por colgar una rama que diese pronto á conocer el establecimiento; pero compitiendo con los del mismo oficio, fuéronla agrandando, agrandando, hasta tomar las proporciones de un árbol frondoso cortado á flor de tierra, que se sujeta á la entrada, y de sus horquilladas ramificaciones penden grandes buñuelos con cintas de color.

Los balcones se adornan con banderitas que tienen el doble significado de engalanar la calle y escarner el amor propio del que no contribuye á la fiesta, porque en su balcón no ondea la tela de colores nacionales.

Durante todo el día están las vías públicas animadas por la gente que circula visitando las *fallas*; pero cuando llega la noche crece la algazara y el bullicio.

En el cafetín no cabe un alfiler; las mesas están ocupadas; las camareras airosas, con el blanco delantal de peto, culebrean por entre las sillas llevando en la brillante bandeja los humeantes buñuelos que son ahogados en sendos tragos de transparente anisado, mientras el dueño contempla sonriente detrás del mostrador su establecimiento, en donde no es posible entenderse con el vocerío de los parroquianos y el estridente choque del cristal.

La juventud, que aprovecha todas las fiestas para rendir culto á Cupido, engalanada con *lo millor de la caxeta*, pasea alegre, gozosa, con todo el hermoso esplendor de los pocos años, mientras la música, desde el tablado próximo á la *falla*, despide armoniosas cadencias, que ejecutan entre *lo més vo* del repertorio.

fombra gris, con claros y oscuros en determinados puntos, se extiende á los pies de la histórica y elevada torre, y algunos picos prolongados traspasan la igualdad de la superficie informe. De pronto suenan á una las campanas de multitud de relojes más ó menos débiles conforme la distancia que los aleja, y casi al mismo tiempo, de la masa jibosa que descansa inmóvil abajo, fluyen espirales de humo que se confunden con el nocticolor, y luminosos serpenteos de llamaradas van descubriendo, con luz rojiza, tejados, cimborrios, torres..., toda una ciudad que se vela en la obscuridad densa de la noche.

LUIS ZORAHYTA.

Valencia, marzo de 1902.

ESTATUA DE D. AGUSTIN ARGÜELLES,

OBRA DE JOSÉ ALCOVERRO

Madrid, que sirvió de campo de acción y presencié los esfuerzos y las extraordinarias dotes del eminente estadista D. Agustín Argüelles, á quien por sus excepcionales cualidades apellidaron *el divino* sus contemporáneos, dispónese á honrar su memoria, erigiéndole un hermoso monumento, gracias á la iniciativa de su alcalde D. Alberto Aguilera, en el cruce que forman la calle de la Princesa y el Paseo de Areneros.

Como se trata de una personalidad que casi corresponde á nuestra época y por lo tanto perfectamente conocida, sólo hemos de recordar la importantísima misión que le cupo desempeñar como tutor de la Reina D.^a Isabel II durante su menor edad, y de la influencia que ejerció en la política española en el transcurso de aquel difícil y luctuoso período en que dos partidos se disputaron encarnizadamente el trono y los destinos de la nación. A falta de tales antecedentes y de sus indiscutibles méritos, cabría siempre á Argüelles la gloria de haber trabajado en favor de la abolición de la esclavitud.

La estatua que representa al ilustre estadista es obra del distinguido escultor catalán D. José Alcoverro, ya ventajosamente conocido por otras producciones verdaderamente recomendables y á las que debe los triunfos obtenidos en su ya larga carrera artística. Basta examinar la reproducción que figura en la página anterior para apreciar el acierto y habilidad del artista.

La parte arquitectónica del monumento, que se inaugurará en el próximo mes de mayo con motivo de las fiestas de la coronación, ha sido proyectada por el arquitecto municipal de la coronada villa D. Francisco Andrés Octavio, midiendo ocho metros de altura, de los que corresponden dos metros ochenta centímetros á la estatua, que ha sido ejecutada en mármol blanco de Italia.



FLORES DE ORIENTE, CUADRO DE CONRADO KIESEL



NUESTROS GRABADOS

El goloso, acuarela de Jacinto Espinal.— Nueva demostración de las relevantes cualidades que á este pintor adornan es la lindísima acuarela que en la primera página de este número reproducimos; en ella se ven confirmados una vez más los juicios que acerca del Sr. Espinal hemos en anteriores ocasiones emitido y que pueden resumirse diciendo que el artista observa perfectamente el natural y acierta en el empleo de los recursos técnicos para trasladarlo al lienzo, conservando la exactitud de líneas y proporciones y sobre todo reflejando la verdad y la fuerza de la expresión. *El goloso* pertenece á la categoría de aquellas obras que no exigen una contemplación larga y atenta para ser debidamente apreciada; sus méritos se comprenden sin necesidad de un detenido estudio. Basta para ello sentir la impresión que produce, y esta impresión no puede ser más favorable: aquellos ojos que relampaguean excitados por la idea del placer próximo, aquella boca que anticipadamente saborea la golosina, aquella cara, en suma, que por todos sus poros respira la alegría del niño que se halla en posesión del objeto codiciado, atraen poderosamente nuestra mirada, fijan nuestra atención y nos obligan á admirar y aplaudir al artista que de tal modo ha sabido pintar la realidad.

Flores de Oriente, cuadro de Conrado Kiesel.— Es éste uno de los pintores de género y sobre todo uno de los retratistas de señoras, predilectos del público de Berlín. Esto último se comprende perfectamente: pocos saben como él componer con tanta elegancia las figuras femeninas, rodearlas de los elementos que pueden comunicarles mayores atractivos, ponerlas en un medio que aumente ó por lo menos realce sus naturales encantos. Y aunque tratándose de retratos parece que todos estos accesorios son, si no inútiles, innecesarios, la verdad es que todo contribuye al mayor efecto de la pintura, especialmente si la persona retratada pertenece al bello sexo. *Flores orientales* es una prueba de lo que decimos: bellísima es la figura que en ella nos ofrece el artista; pero aun siéndolo tanto, si nos la imaginamos aislada perderá no poco de su belleza; en cambio, rodeada de esas flores que forman en torno suyo poético marco, sube de punto su valor estético y artístico y el efecto producido es infinitamente más intenso.

Ninfas y amorcillos, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres.— Como recientemente nos hemos ocupado de otras obras de la misma índole y procedencia de ésta, parécenos innecesario dar acerca de ella explicación alguna. Por otra parte, todo lo que de la famosa manufactura francesa sale, lleva en sí su mejor elogio, pues sabido es que la elegancia más exquisita y la ejecución más perfecta son las características de las producciones que de ella salen y que constituyen joyas tan preciadas y valiosas como las mejores que con piedras y metales preciosos pueden fabricarse.

Cecilio Rhodes.— En su quinta de Muizenberg (Colonia del Cabo) ha fallecido en 26 de marzo último Cecilio Rhodes, el verdadero causante de la guerra que tantos horrores ha producido en el Africa del Sur y tan terribles quebrantos y humillaciones viene costando á la poderosa y altiva Inglaterra. El llamado *Napoleón del Cabo* era el hijo menor de un pastor protestante, nació en Bishops Stortford (Inglaterra) en 5 de julio de 1853 y en 1869 fué al Natal á reunirse con su hermano mayor, propietario establecido en aquella colonia. Al iniciarse en Kimberley el febril movimiento, que impulsaba á todo el



CECILIO RHODES
fallecido en Muizenberg en 26 de marzo último

mundo á la busca de diamantes, los dos hermanos se dirigieron allí con todos los empleados de su casa; pero una vez regularizados los trabajos de la nueva industria, Cecilio volvió á Inglaterra, ingresando en el colegio de Oxford. De regreso á Kimberley, fué presidente de la famosa compañía De Beers, dueña de la mejor mina del Sur de Africa, y gracias á su actividad y á sus talentos financieros, esta sociedad absorbió á todas las demás sociedades de aquella región, todas las cuales se fundieron formando la llamada *De Beers Consolidated Mines Limited*. No se satisfizo Rhodes con este triunfo, sino que, estimulado por los descubrimientos de minas de oro del Transvaal, resolvió extender su influencia á las vastas regiones del Norte y después de varios viajes á Inglaterra logró un Real privilegio para la compañía inglesa del Sur de Africa, éxito que hizo de él la primera figura de la colonia del Cabo. Bajo su dirección se desarrolló la política activa de la compañía y empezó la memorable marcha al través del Mashonaland, en donde muy pronto ondeó la bandera inglesa y se implantó en gran escala la industria minera.

Después de haber sido elegido miembro de la Cámara del Cabo, en 1890 fué nombrado gobernador de aquella colonia, comenzando entonces á realizar resueltamente el proyecto que había acariciado durante tantos años y que consistía en extender el poder de la compañía hacia el Norte en dirección á Zambezi, consiguiendo apoderarse de las tierras que rodean el

Estado de Orange y la República Sud-africana y privando á estos territorios de comunicación con el Norte. El fracaso del *raid* Jameson, empresa iniciada por la cual pretendió conquistar el Transvaal, le obligó á dimitir el cargo de



EL DR. D. CARLOS BERG, sabio naturalista,
director del Museo Nacional de Buenos Aires, fallecido en 19 de enero último
(de fotografía remitida por D. Justo Solsona)

governador, y los alemanes, que hasta entonces le habían apoyado, le hicieron sañuda oposición; y como si todo se conjurase contra él, la Rhodesia atravesaba una situación muy precaria á consecuencia de una epidemia que diezaba el ganado, y sus habitantes se rebelaron. En tan grave situación demostró Rhodes una vez más la firmeza de su voluntad y la energía de su carácter: repartió sin tasa el dinero para reconquistar y regenerar la Rhodesia y acabó por someter á los matabeles con la sola fuerza de su palabra.

Consecuente con sus planes, logró que Inglaterra emprendiese la guerra contra el pueblo boer; pero esta empresa, que se consideró de fácil logro, ha sido el obstáculo ante el cual se ha estrellado el poderío inglés, y Cecilio Rhodes ha muerto sin haber podido verla terminada, á pesar de los inmensos sacrificios que ha costado á su patria esa lucha, y en el momento en que una gran parte de la opinión de su país se revolvía contra la política imperialista por él preconizada para el Africa austral. Su muerte tal vez contribuirá poderosamente á que se firme la paz en condiciones honrosas para los beligerantes.

Deja una fortuna de quince millones de libras esterlinas, una buena parte de la cual, según dispuso en su testamento, habrá de emplearse en una fundación para extender y consolidar el imperio colonial de Inglaterra en el Africa del Sur. De este modo ha querido que le sobreviva la idea que persiguió durante su agitada existencia.

El Doctor D. Carlos Berg.— Era un eminente hombre de ciencia, consagrado en cuerpo y alma al estudio de la naturaleza. De origen ruso, nació en 1843 en Tuckum (Curlandia), y desde sus mocedades manifestó afición decidida á la Botánica y á la Zoología, que aprendió, por decirlo así, al mismo tiempo que las primeras letras. Sus aficiones naturalistas crecieron con la edad; pero faltó de fortuna, fué preciso ganarse el sustento y entró de dependiente en una casa de comercio; mas al poco tiempo abandonó su empleo para entrar como auxiliar en una biblioteca pública, dedicándose entonces por completo á las ciencias y á las letras. Escribió por aquel entonces, es decir, cuando sólo contaba veinte años, algunos dramas y comedias, pero el escaso éxito de los mismos le hizo dejar la literatura y consagrarse exclusivamente á los estudios científicos. Sus artículos y conferencias comenzaron á llamar la atención de corporaciones doctas que le llevaron á su seno confiándole diferentes cátedras en Academias, hasta que una grave afección laríngea le obligó á cambiar el clima crudo de su patria por otro más benigno.

El sabio naturalista Burmeister propuso entonces, en 1873, al gobierno de la provincia de Buenos Aires llamarle para ocupar el cargo de reciente creación de Inspector del Museo Público de la capital, cargo que aceptó el Dr. Berg, el cual desde el primer momento estudió con gran pasión la flora y la fauna argentinas, efectuando para ello largos viajes de exploración á la cordillera de los Andes, sierras del Tandil, Patagonia, Misiones, provincia de Córdoba, Catamarca, Corrientes, San Luis, Mendoza y otras, y extendiendo sus investigaciones al interior de las repúblicas de Chile, Oriental y Paraguay. De vuelta de cada uno de estos viajes, traía consigo verdaderos tesoros de nuevas colecciones que fueron agrandando y enriqueciendo el Museo.

En los intervalos ordenaba sus apuntes y desempeñaba varias cátedras de Física y de Historia Natural en las Universidades de Córdoba y Buenos Aires y en el Colegio Nacional de esta última ciudad.

Desde 1892 hasta su muerte fué director del Museo Nacional, y su acción hizo sentir de tal modo, que en tiempo relativamente corto quedaron completamente reorganizadas todas las secciones, revisadas y clasificadas las colecciones y aumen-

tadas con nuevas adquisiciones y hallazgos de verdadero valor científico. Mejoró asimismo el edificio y sus departamentos, procurando las mayores comodidades para el público. Montevideo le debe también la organización de su magnífico Museo de Historia Natural.

Ha muerto muy pobre, porque todo cuanto ganaba lo empleaba en obras benéficas y en libros raros.

Poseía varias condecoraciones rusas y noruegas y medallas, diplomas y premios de distintas naciones, y era socio de mérito de gran número de corporaciones científicas americanas y europeas. Fué uno de los iniciadores de las conferencias públicas y populares sobre temas de Historia Natural propios para el sexo femenino, algunas de las cuales han sido publicadas en folleto, como *La vida de las abejas, la reina de las flores, La simbiosis, Vida y costumbres de los térmitas, Metamorfosis, Un capítulo de Lepidopterología, Generación alternante, Evoluciones, Cuestión de límites* y muchas otras más que le han dado gran fama, no sólo en la República Argentina, sino que también en el mundo entero. Deja además varios notabilísimos tratados de Zoología y Botánica que sirven de texto para la enseñanza secundaria y superior y que han sido traducidos á distintos idiomas.

Fué el doctor Berg hombre prudente y experimentado, de mirada penetrante é investigadora, dotado de mucha imaginación, inteligencia superior, concepción clara y rápida, carácter dulce, amable y atento, maneras atrayentes, trato afable y cariñoso y gran cultura.

La República Argentina ha perdido un verdadero sabio connaturalizado con todas las bellezas de su privilegiado suelo, muchas de las cuales sacó del olvido, de la indiferencia ó de la ignorancia, dándolas á conocer y haciéndolas apreciar en su exacto valor.

Por sus méritos, por sus sacrificios, por sus enseñanzas y por su labor inmensa y tan provechosa para el país, el Gobierno, las corporaciones científicas y los centros intelectuales y docentes de la República han tributado solemnes honras fúnebres y han organizado notables veladas necrológicas en honor del sabio eminente, del maestro insigne que ha dejado en el mundo científico un vacío difícil de llenar.

Buenos Aires. JUSTO SOLSONA.

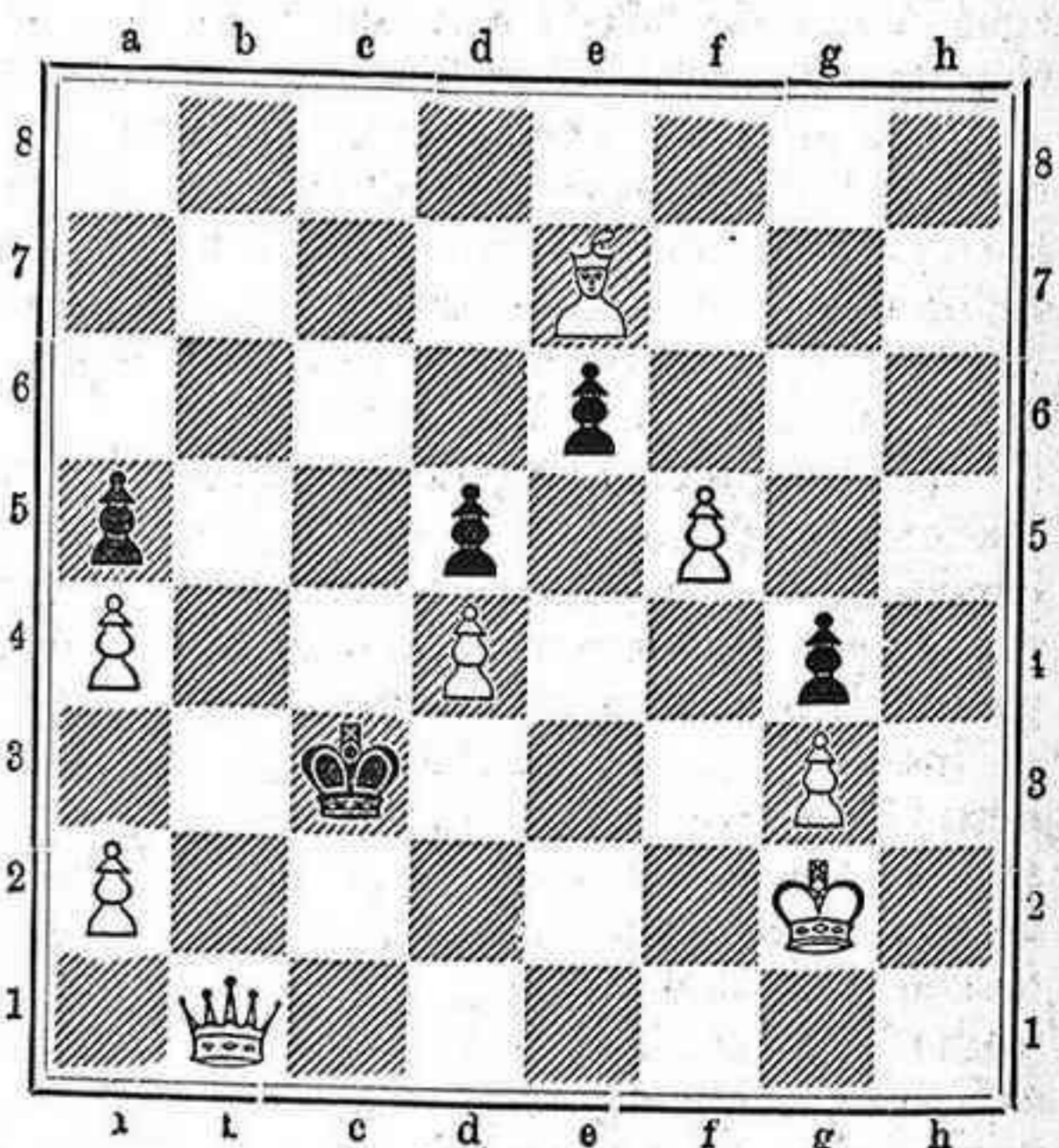
Teatros. — París.— Se han estrenado con buen éxito: en Cluny *Les maris joyeux*, vaudeville en tres actos de Antony Mars y Alberto Barré; en los Bouffes-Parisiens, *Ordre de l'Empereur*, ópera cómica, letra de Pablo Ferrier, música de Justin Clerice; en el Palais-Royal, *Le reve d'Adèle*, vaudeville en tres actos de Andrés Sylva y Juan Gascogne; en la Renaissance, *Le Quatorze Juillet*, comedia histórica de gran espectáculo en tres actos de Román Rolland, y *Preuve d'amour*, comedia en un acto de Fernán Bloch y Luis Schneider; y en el teatro Antoine, *Les petites*, drama en tres actos de Mauricio Biollay.

Barcelona.— Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, *Pajarita de las nieves*, comedia en un acto de D. Gabriel Merino, y *Canelo*, comedia en dos actos de los Sres. Navas y Ramírez; en Romea, *Lo regiment de Malgrat*, comedia en cuatro actos de D. Pablo Parellada; y en el Eldorado *La Trajera*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, letra de don Luis Larra y música de los maestros Caballero y Hermoso, y *El sombrero de plumas*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de D. Miguel Echegaray y música del maestro Chapí. En el Liceo se ha inaugurado la temporada con el estreno de la ópera en tres actos del maestro Puccini, *La Tosca*, en cuya ejecución han obtenido grandes aplausos la Sra. Bonaplata y el Sr. Blanchart, alcanzándolos también el maestro Goula (padre) por el talento con que la ha concertado y dirigido.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 276, POR A. DECKER.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 275, POR B. G. LAWS.

- Blancas. Negras.
1. Cd4-b3 1. R juega.
2. A ó C mate.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Podía ser algo loco; pero, con seguridad, era un santo. La señora de Bucilly fué á verle y, entre santos, se entendieron. El orgullo maternal, dolorosamente herido por la despedida de Carlos, fué deliciosamente halagado por el elogio que el cura hizo del muchacho, después de haberle visto diez minutos. Beltrana fué seducida por la idea de que su hijo, tratado en otra parte como desaplicado, no era más que una naturaleza elevada cuyas delicadezas había lastimado la falta de confianza. El padre Falloure le alojó, siendo duodécimo alumno, en una habitación en que aquella juventud encontraba, según el prospecto, «el libre bienestar de la vida de familia, con el impulso vigoroso de profesores escogidos.»

Ninguna reja, ningún cerrojo daba á aquellas «naturalezas elevadas» la tentación de las escapatorias. Cada domingo iban á comer á sus casas, sin vigilancia deshonorosa. Según convenía á los padres, volvían al colegio el mismo día, antes de la queda, ó á la mañana siguiente para la oración, dicha en común á las seis. Algunos - la triste verdad obliga á decir que Carlos fué pronto uno de éstos - practicaban un método mixto. Para la familia, figuraba que respondían al llamamiento de la tarde, y el padre Falloure, con tan poco fundamento, les suponía durmiendo bajo el techo paternal. He aquí cómo el joven protagonista de esta historia fué conducido, sin premeditación, hay que reconocerlo, á usar de aquel subterfugio tan secillo. Se verá que la aventura, si no fué tan lejos como vislumbró al principio, le proporcionó un amigo cuya influencia había de pesar sobre toda su vida.

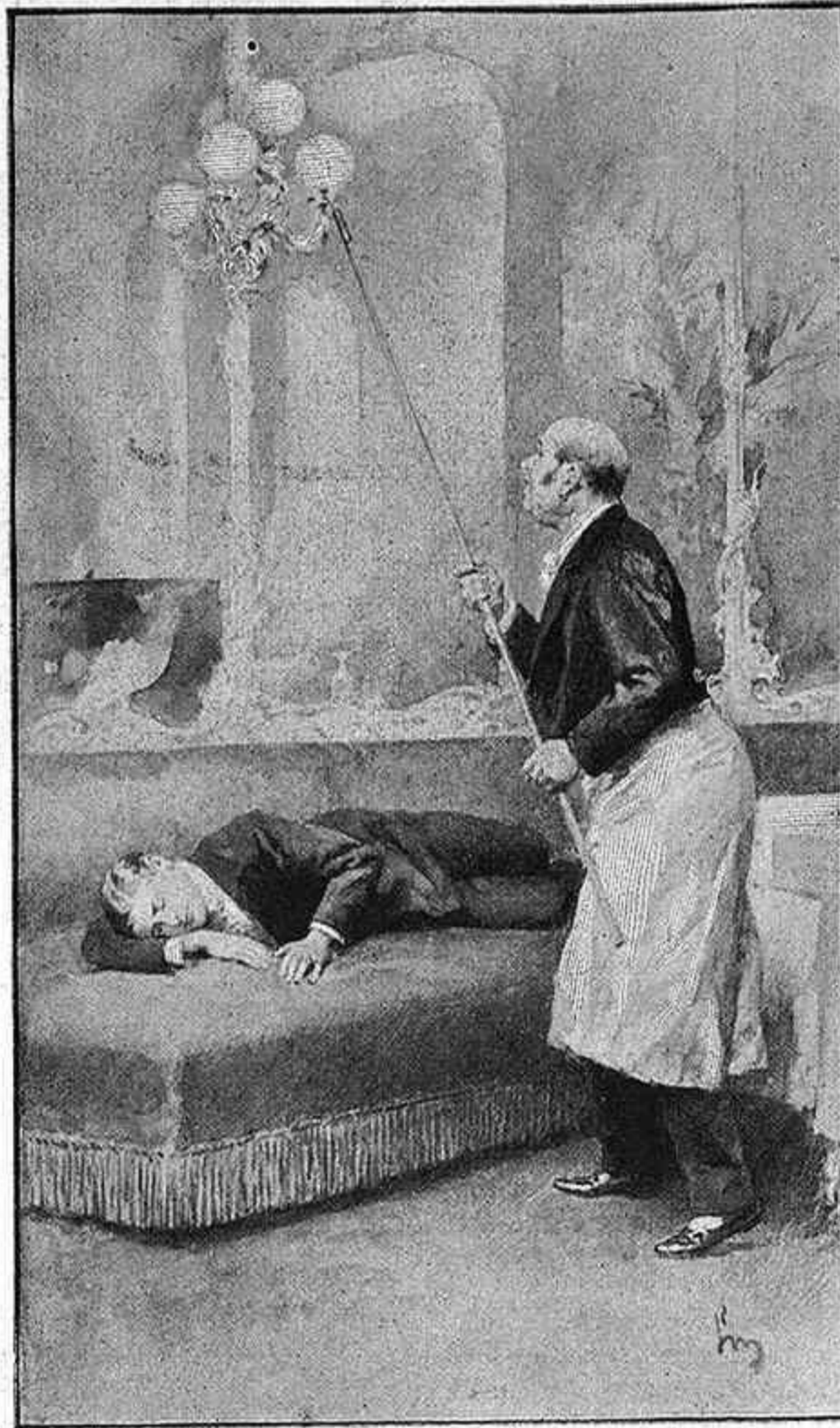
El caballerito Carlos, que tenía entonces unos diez y seis años, se volvía á casa del padre Falloure, á pie, un domingo por la noche, después de haber comido en su casa. Todo fué bien hasta el *boulevard*; pero en aquellos pasajes peligrosos encontró á una señora que le pareció muy simpática, como lo declaró en el acto, sin falsa timidez. La dama no era de aquellas que el abuelo de Carlos hubiera podido acusar, con Horacio, «de ser más duras que el roble y más crueles que las serpientes de Africa.» Acogió bastante bien los cumplidos de aquel guapo joven, que decía cosas graciosas, devorándola con la vista. Hablaron largo rato y se les fué el tiempo. Pero como aquella larga conversación había engendrado la fatiga, madre de la sed y del hambre, Carlos propuso y ella aceptó sin rodeos un refrigerio que se había hecho necesario. Cinco minutos después se sentaban ambos en la sala posterior de un restaurant que la extranjera decía frecuentar.

Pronto la mesa se cubrió de variados alimentos. Carlos, discerniendo los escollos á pesar del canto de la sirena, se declaró dispuesto á disipar su fortuna aquella noche; pero confesó lealmente que aquella fortuna se elevaba á seis francos. La dama no se enfadó, en vista de la gentileza de su caballero; pero se echó á reír de tal manera, que cierto número de clientes, que parecían ser muy amigos de ella, quisieron saber la causa de aquel humor jovial. La dama contó la historia, con la cordial sencillez que permitía la composición del auditorio, en que no figuraban ni Catón ni Cornelia. Su conclusión, llena de un desinterés poco común, fué una sorpresa para todo el mundo, porque todo el mundo la conocía.

- ¡Vamos, muchacho, no se ruborice!, dijo ella acariciando el hombro de Carlos. No siempre he tenido diamantes, y me he paseado, cuando tenía su edad, con amigos que no llevaban tanto como usted en el bolsillo. Coma y beba, que yo pago esta noche.

Una salva de aplausos saludó aquella peroración. Pero Carlos, comprendiendo que se burlaban de él, se puso furioso y abandonó su puesto. Un cliente, instalado solo á una mesa, había observado la escena con disimulado regocijo. Era un hombre de edad madura, casi el último *especimen* del noctambulismo expirante, conocido, entre aquella mitad de París que empieza á vivir después de las ocho de la noche, con el nombre de Norberto Leroy. Le gustaba llamarse á sí mismo parisiense de París, lo que él consideraba, según opinión de ciertos articulistas en boga, como un título de nobleza. En el vastísimo círculo de sus amistades se le había dado el apodo de *el Sibarita*, á causa de los principios que emitía y que practicaba con una fidelidad nunca desmentida.

Viendo que Carlos de Bucilly se retiraba en desorden, le llamó por señas. Tenía el aplomo de los hombres que han visto todo lo que hay que ver y á quienes ya no sorprende nada. Dominado por aquella



Carlos dormía como un tronco sobre los almohadones

mirada tranquila y profunda, el muchacho obedeció. - ¿De modo que usted no quiere que las mujeres le conviden?

- No; mucho menos cuando se burlan de mí.

- Y si le convidó yo, ¿aceptará usted?

- No, porque no le conozco á usted.

- Entonces, siéntese aquí y pida algo: puede usted hacerme servir una ración de pollo con los seis francos que lleva. Tendré mucho gusto en hablar con usted, porque me parece que es un tipo. ¿Qué edad tiene usted?

- Diez y siete años, contestó Carlos, echándose uno más de los que tenía.

- Muy joven es usted para tratar con actrices.

- ¡Cómo! ¡Es una actriz! Yo creía que todas arrastraban coche.

- Las grandes actrices no siempre lo tienen. Pero ésta, que es una actriz de pacotilla, tiene varios coches y hermosos caballos.

- Sin embargo, iba á pie.

- Le sucede raras veces; ha tenido usted suerte. ¿Qué le dijo usted para entablar conversación?

- Ya puede usted suponerlo.

- Y ella, ¿qué contestó?

- Se echó á reír. Creí que era una buena muchacha; debí no fiarme, porque llevaba guantes demasiado lujosos.

- ¡Cómo! ¿Le convida á cenar, y dice usted que no es una buena muchacha?

- No debió hacerlo en voz alta, contando mi historia á todo el mundo.

- Quizá obró con poco tacto, pero sin mala intención. Con el orgullo que usted tiene, para vivir en grande, necesita esperar á que sea más rico y á tener menos sueño cuando se acerca la una de la madrugada.

- La verdad es que me estoy cayendo de sueño.

- ¡Pues entonces, á dormir! Está usted viendo que su amiga de hace poco no se acuerda ya de usted. ¡Qué lección para su experiencia la de esta noche! ¡Vamos, muchacho, guárdese usted su escudo de seis francos y á casa de papá!

- ¡Imposible! ¡Mi familia me cree hace un par de horas en casa de mi pupifero!

- ¡Pues á casa de su pupifero!

- Tampoco puede ser, porque me cree en mi casa. No tengo más remedio que pasarme por la calle hasta las cinco y media, hora de la oración y del estudio. Prefiero esto á un interrogatorio á la puerta de un hotel.

- Me interesa usted de veras. Quiero sacarle á usted del apuro. Vaya usted á tenderse en aquel diván que ha quedado desocupado. Conozco á los camareros. Yo haré que le dejen echar un sueño. Cuando cierren el establecimiento, será la hora de marcharse.

- Gracias, caballero, me salva usted la vida. Tendría mucho gusto en volver á encontrarme con usted, dándome palabra de que no me delatará. ¿Quiera usted darme su tarjeta? - *Norberto Leroy*. Desconocido en el santuario de mi santísima familia. Tendré el honor de ir á darle á usted las gracias.

- El honor será mío. ¡Y usted irá lejos, joven; pero muy lejos!

Cinco minutos después, Carlos dormía como un tronco sobre los almohadones de terciopelo encarnado. A la mañana siguiente, presentóse en casa del padre Falloure á la hora exacta, siendo felicitado por su puntualidad.

III

Al cumplir diez y siete años, aquel guapo chico había experimentado en los exámenes, con suma constancia, fracasos bastante numerosos para abrirle las puertas de la única carrera por la cual sentía vocación: la de un holgazán resuelto á gozar de la vida. De ésta conocía ya ciertos goces ilícitos que su padre había ignorado siempre; y esta ventaja le inspiraba una profunda compasión para el autor de sus días.

En cuanto á su madre, la había reducido con habilidades de diplomático bajo su completo dominio.

Una de sus tácticas fué la de acentuar todavía más el papel modesto de Codoero en la familia, á fin de captarse la voluntad de Beltrana, única dispensadora de los fondos secretos. La señora de Bucilly, cuya administración había sido notable hasta entonces, había hecho economías. Su hijo obtuvo la instalación de la familia en un hotelito del barrio de la Estrella, donde no se ocupó más que de llevar una agradable existencia. Pronto debió á este régimen de vida el librarse del servicio militar por «insuficiencia de tórax.» Sin embargo, sabiendo que el patrimonio de la familia era limitado, predicó la economía para los demás. Sus padres mantuvieron menos relaciones que nunca; todo despilfarro fué suprimido. A los ojos de Carlos, todo dinero que no pasaba por sus manos era un despilfarro. Tenía una manera discreta y silenciosa de divertirse que dejaba á su madre en la calma de la adoración, ó al menos le permitía hacer la vista gorda. Hacía tiempo que ella había comprendido que aquel hijo de bendición no era, como su padre, ningún ángel de paciencia. Ya no armaba ninguna escandalera á su esposo, porque ya no las merecía, y menos á su hijo, porque no las hubiera soportado. En suma, la familia vivía en una paz deliciosa. Desgraciadamente se les presentaron ciertas cuestiones terribles con sordas amenazas.

La crisis, que tantas familias han conocido, se preparaba para los Bucilly. Por un lado, los colonos pagaban mal ó nunca; por otra parte, el millón que poseían en cartera producía treinta mil francos de renta, en vez de los cincuenta mil de la época de su matrimonio. Hubiera sido necesario ó disminuir en un tercio los gastos, ó hacer que la nueva generación ganase dinero; dilema terrible cuyo primer cuarto del nuevo siglo verá triturar á la burguesía y á lo que queda de nobleza. Pero el señorito Carlos, como muchos de sus congéneres, hubiera podido inscribir esta divisa en las paredes de su salón de fumar: «No pudiendo ser económico ni queriendo ser laborioso, pronto voy á ser pobre.»

En la categoría social conocida con el nombre de «personas decentes», el primer síntoma innegable de la bancarrota se manifiesta generalmente en la época del vencimiento trimestral del alquiler de la casa. Durante meses, y aun durante años, los grandes proveedores esperan el pago de sus facturas, presentadas con discreción y sin insistencia al principio. Pero el 15 de cierto mes, antes del mediodía,

el portero ha subido el recibo del alquiler. El inquilino, con helado sudor en la frente, ha balbuceado una excusa. El portero saluda, y se retira volviendo a saludar; pero su saludo ya no es el mismo. Sin embargo, nada ha cambiado en el exterior. En la cuadra, los caballos siguen comiendo cebada. En torno de la mesa, varios convidados de la mejor sociedad atacan el almuerzo servido con lujo. Por la noche, la señora lucirá sus diamantes, pero no los verdaderos, sino una imitación. Todo aquello no es más que apariencia engañosa; los señores no han pagado el alquiler. Es la primera pausa del pulso que anuncia la catástrofe próxima a estallar. ¡Hermano, hay que morir!

Codoero de Bucilly, tenido en la ignorancia de los detalles, aun de los más considerables, del gobierno de su casa, no sabía que hubiese llegado á aquella etapa dolorosa del camino que conduce á la ruina. Su asombro fué grande, por consiguiente, cuando una carta certificada — sin esta circunstancia no la hubiera visto — vino á expulsarlo del hotelito de la calle Lapérouse. Preciso fué que su mujer diese explicaciones. El pobre hombre estuvo á punto de morir de angustia á la vista del abismo abierto á sus pies.

Por vez primera el señorito Carlos oyó de labios de su padre verdades mortificantes para su amor propio. Codoero hasta habló de expatriación y de trabajo para su hijo. Pero el joven tenía en su madre una aliada poderosa, y ésta no tardó en hacer callar al rey holgazán que pretendía reinar.

— ¿Y usted, preguntó ella, cuenta trabajar? ¿Quiere usted decirme

donde encontrará un salario de tres francos al día? ¿En qué su hijo de usted se halla mejor preparado más especialmente designado para el trabajo, que el hombre inútil, incapaz y desarmado que tiene por padre?

Carlos no sólo contaba con la protección de su madre para cubrirle, sino que tenía además para guiarle la experiencia de un filósofo acostumbrado á las duras vicisitudes de la vida... en los demás. Norberto Leroy no sólo había llegado á ser, en el transcurso de los años, su amigo y confidente, sino que había sido nombrado ministro plenipotenciario cerca de la señora de Bucilly para los casos difíciles. ¡Cosa curiosa! Leroy había conquistado á aquella madre puritana por medio de los consejos que daba á su hijo, y de los cuales ella no veía más que el lado que había de gustarle. No notaba más que la primera parte de su moral, á saber, que *Todo es vanidad*, como está escrito en la «Imitación», que añade, para ser exacto: *fuera amar á Dios y servirle á Él solo*. Norberto Leroy terminaba de otra manera la frase, cuando la señora Leroy no podía oírle. «Todo es vanidad, decía, excepto lo que hace real y sólidamente la vida agradable.» Veinte veces había dicho á Carlos delante de su madre:

— No busque usted una gran fortuna, ni la celebridad, ni el poder. No cuente con el amor, ni con la amistad, ni con la sociedad. La fortuna se convierte en una carga, en pasando de cien mil escudos de renta. La gloria no se obtiene sino por medio de algún martirio. El poder nos convierte en criados sin días de asueto; el amor, en burros de carga sin Ley Protectora, y la sociedad, en comediantes sin entreactos. En fin, no olvide usted que el placer no es más deseado en sí, por un claro entendimiento, que el trigo á los ojos de un labrador inteligente. La cuestión está en saber si el género vale la pena que cuesta.

La señora de Bucilly aprobaba esta teoría, austera

en apariencia, sin investigar lo que encerraba en el fondo. Si se hubiese tomado este trabajo, *el Sibarita* se hubiese revelado á su vista en toda su perfección lógica de hombre que vivía con arreglo á su doctrina.

Provisto de un buen patrimonio, nunca había tratado de aumentarlo; pero, en cambio, tenía el mérito, bastante raro, de no haber perdido jamás un céntimo. Nunca se había comprometido á nada;

viendo á los asuntos de los Bucilly, calcúlese con qué dulce alegría escuchó *el Sibarita* á Carlos, que fué á contarle que Codoero aconsejaba el trabajo como medio de salvación.

— Su padre comparte el error de muchos hombres de su edad y de su casta. Se imagina que todavía viaja en diligencia. El vehículo se para y él dice: «¡Apéate y empuja la rueda!» Pero lo que hoy nos arrastra es una locomotora. El tren se detiene sin poder andar. ¿Qué va usted hacer? No es usted maquinista. En vano empujará usted; nada se moverá. Lo que le hace falta es una locomotora de auxilio, es decir, una heredera. Búsquela.

— ¡Y aún no he cumplido treinta años!, suspiró Carlos con una desesperación que no hubiese halagado á la heredera, suponiendo que hubiera asistido á la entrevista.

— Cerca le estará. Hace trece años que tuve el gusto de sacarle á usted de un apuro en el establecimiento donde entró usted con una señora del brazo y seis francos en el bolsillo. Se encuentra usted á la misma altura que aquella noche. Hoy como entonces, no faltan dadas, sino dinero.

— Sí; pero he perdido la costumbre de dormir en las otomanas.

— Una buena dote no es más que una cama cómoda. ¡Animo! Cuando se es buen mozo, como usted, una dote no deja de encontrarse.

— Mientras tanto, hemos de mudarnos, porque nos echan de casa. ¡Qué fastidio!

— Un fastidio tan grande, confesó *el Sibarita*, que no me atrevo á pensar en él.

— ¡Hombre feliz! Usted

tiene su casa, que no es la de Sócrates.

— ¿Por qué?

— Porque es grande y porque sentiría usted mucho que sus numerosos amigos fuesen á trastornarla.

— Muchísimo, en efecto. Lo sentiría muchísimo.

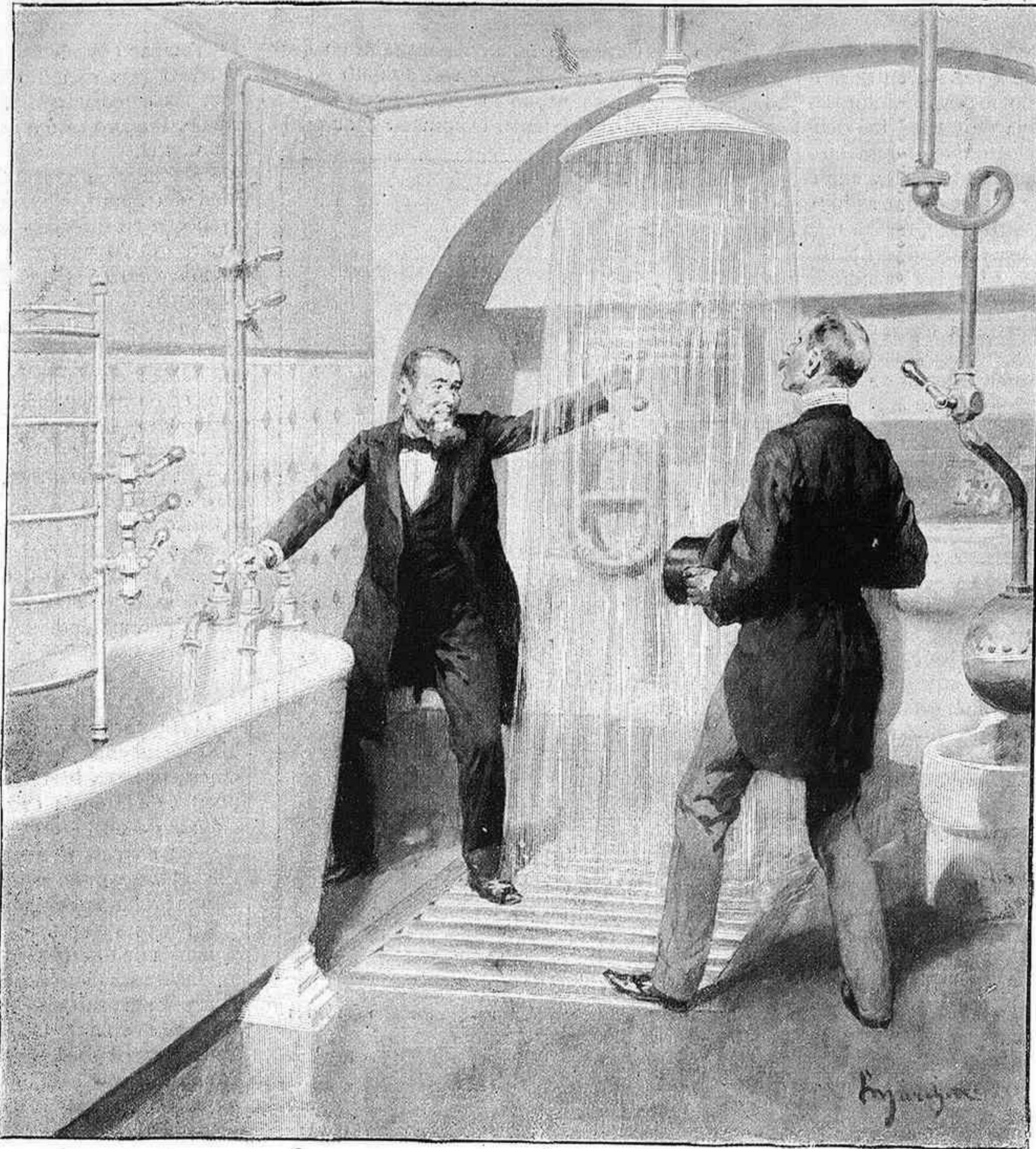
IV

Año y medio antes, los habitantes de un barrio hasta entonces casi provincial habían seguido con estupor la construcción, y sobre todo el estilo arquitectónico, de un edificio, en la esquina de un nuevo *boulevard* próximo á la Muette y de una de las calles que se meten en el viejo Passy.

Formado de enormes sillares en bruto, el basamento se elevó, en pocas semanas, á la altura de un primer piso ordinario. Aquella mole ciclópea no tenía más que cinco aberturas, enteramente iguales, dos al *boulevard* y tres á la calle, terminadas á mucha altura en medio punto bajo una cornisa enorme. Parecían portales gigantescos. La amplitud de las líneas, el vigoroso aparato de la mampostería, podían hacer creer que el edificio tenía un destino oficial ó religioso. Entre los transeúntes domingueros que se paraban ante aquella construcción extraña, había discusiones. Unos decían que se trataba de un teatro, otros opinaban que había de ser un museo; la mayoría se empeñaban en que no podía ser más que una iglesia, haciendo notar la observancia rigurosa del descanso dominical impuesto á los trabajadores. Únicamente sobre un punto estaba todo el mundo de acuerdo.

— ¡Será horrible!, decían los mirones continuando su paseo.

En suma, era bastante difícil saber nada; el arquitecto, su encargado, sus capataces, hablaban todos inglés, á lo que hay que añadir que eran poco comunicativos.



Manipulaba los grifos del lavabo y de la bañera sin olvidar otras instalaciones hidráulicas

nunca había puesto los pies en ningún salón político; nunca había amado, sino en broma. En fin, ni uno solo de sus amigos hubiera acudido á Norberto Leroy en demanda de los cien luises que podían salvarle del suicidio.

A muchos les asombraba que tal hombre se hubiese casado. No lo había hecho sin pensarlo mucho y sin vacilar; pero calculó que una casa que posee rentas considerables, se la lleva el diablo, si no hay en ella una querida legítima. Había dado una prueba de buen sentido en la elección de la guardiana del hogar. Era buena, algo fea, de pocas aspiraciones, sin gusto pronunciado por la sociedad. La pareja había vivido feliz, es decir, sin disputas, y virtuosa, es decir, sin escándalos. Ningún grito infantil turbó su reposo. En fin, la digna mujer murió precisamente en el momento en que, á causa de una enfermedad crónica, su existencia iba á ser una dificultad. De la noche á la mañana fué substituída — ¿se atrevería alguien á decir que ventajosamente? — por una respetable ama de gobierno, por el estilo de las que se ven en las residencias casi regias de los pares de Inglaterra.

A los sesenta y cinco años, Norberto Leroy continuaba su carrera de sibarita con el legítimo orgullo del éxito. Sin la gota, que le molestaba de vez en cuando, podía vanagloriarse de no haber sufrido jamás seriamente, ni en lo físico ni en lo moral. Pocos hombres habrán conocido tan bien como él la sociedad parisiense y sus historias, como si algún Diablo Cojuelo fuese todas las mañanas á darle la lista de las aventuras de las últimas veinticuatro horas. Tenía la terrible especialidad de encontrarse, sin premeditación alguna, en el camino de las personas que tenían poderosas razones por desear no encontrar á nadie. Inútil es decir que compadece profundamente á los infelices de la generación actual que se levantan temprano para hacer ejercicio. Y vol-

Cierto día llegaron á la obra enormes vigas metálicas. Empalmadas por los extremos, se alzaron pronto como los mástiles de un andamiaje desafian-do á las nubes. Entonces la gente creyó que se tra-taba de la erección de una nueva torre Eiffel. Pero, con una increíble rapidez, las armaduras horizonta-les de los pisos se delinearon, y resultó una especie de jaula de fabulosas dimensiones, cuyos pájaros se hallaban reemplazados por una multitud de ajus-tadores haciendo un rui-do formidable con sus martillos. El público se preguntaba qué clase de pájaros iban á ocupar en definitiva aquella pajare-ra. Pero ya el armazón de acero era envuelto en una mampostería ligera, con altas ventanas, en tan gran número que los pe-queños burgueses se es-tremecían de pensar en la contribución que pa-garían.

Después de haberse marchado los albañiles llegaron los carpinteros, que cerraron los portales, exceptuando uno, con maderas que anunciaban mostradores de tiendas, con su entresuelo encima. La casa — porque decidi-damente era una casa — terminaba con una azotea varios metros más alta que las veletas más alti-vas de la vecindad. Ter-minadas las obras inte-riores, una inmensa ban-dera azul tremoló en un ángulo de aquella azotea, llevando, en enormes le-tras blancas, estas pala-bras incomprensibles para el vulgo: *Maugra-bin's Building*. Aquella bandera, á causa de su semejanza con las que ostentan los grandes al-macenes de novedades, causó noches de insomnio á todos los tenderos del barrio.

— ¡Apostamos, se de-cían, á que algún gran acaparador va á reducir-nos á la miseria?

Afortunadamente, el vulgar letrero anunciando que se alquilaban habita-ciones vino á calmar el terror de aquellos tímidos comerciantes. Al mismo tiempo, un tabernero de la calle de Mozart, que había sido camarero á bordo de un vapor trans-atlántico, dió explicacio-nes sobre el estandarte y su leyenda:

— En Nueva York se estila izar el nombre del casero en la azotea. Las palabras de esa bandera

significan simplemente que esta casa pertenece á algún ricacho llamado Maugrabin y que con seguri-dad es hijo de América.

— ¡Todo eso en dos palabras!, repitió el mozo del ex camarero.

Pronto se propaló el rumor de que el interior del Building ocultaba maravillas. Con el pretexto de alquilar algún cuarto, varios curiosos visitaron la casa. Los recibía un hombrecito flaco é inquieto. Una barba casi enteramente negra todavía y muy recia le envolvía la parte inferior del rostro como la cáscara espinosa envuelve una castaña. Sus ojos brillaban bajo enormes cejas hirsutas. Tenía acento marsellés y todas las apariencias de un portero de casa rica, con la diferencia de que su amabilidad saltaba á la vista en seguida. Nada parecía poder alterar su buen humor, aunque se veía sometido á pruebas repetidas por los críticos, con frecuencia estúpidas, de un público de antemano mal dispuesto.

A partir del ascensor, que saltaba como movido

por un resorte en medio de los gritos de terror de las mujeres, la oposición estallaba. En la azotea, á que se llegaba en un abrir y cerrar de ojos, el hom-brecito empezaba su discurso explicativo, salvo los casos en que tenía que socorrer á alguna señora des-mayada.

— Aparato americano, explicaba. Cien metros por minuto; la ascensión ha durado quince segundos.

ustedes estos toadores, uno para cada cuarto dor-mitorio, con baño y demás.

Manipulaba los grifos del lavabo y de la bañera, sin olvidar otras instalaciones hidráulicas puestas en evidencia, al alcance de la mano, si así cabe decirlo. Todos aquellos aparatos de limpieza exterior ó inter-rior suscitaban invariablemente á los innumerables visitantes reflexiones más ó menos chuscas.

— Esto no es una casa, es un balneario, decían las señoras.

— Es un retrete de seis pisos, murmuraban apar-te los hombres burlones.

— Digan ustedes que es una revolución, corre-gía Pascal poniéndose serio. Es la morada ame-ricana con todas sus co-modidades. Veán uste-des. En cada piso el telé-fono, el buzón de cartas, el ascensor para el correo y los paquetes. Abajo en-contrarán un patio cu-bierto de cristales, que no es más que un ascen-sor gigantesco, que puede aplicarse, según se desee, á cada uno de nuestros pisos; facilita al inquilino un salón de fiestas digno de un palacio. ¿Les sor-prende á ustedes? ¡Pa-ciencia! Verán ustedes cien Buildings copiados de este modelo antes de que el nuevo siglo sea destetado. ¡Ya verán us-tedes!

Mientras tanto, conti-nuaba habiendo algo in-visible y hasta puede de-cirse que improbable, á juzgar por las disposicio-nes del público, y era el inquilino. Había transcu-rrido un mes sin que se hubiese alquilado una sola de las habitaciones de la casa. Los que no se asustaban del ascensor relámpago, presumían que los amigos más leales retrocederían ante una prueba temible para los nervios de mediana fuer-za. La escalera existía, aunque Pascal fingiese ignorarla. Pero aquel pozo, estrecho y desnudo, alumbrado día y noche por lámparas eléctricas, no podía satisfacer á los parisienses, dispuestos siempre á transigir con los inconvenientes de la habitación íntima, con tal de que la entrada sea grandiosa y anuncie la riqueza.

Un solo piso, el más alto, indicaba con las cor-tinas blancas de las ven-tanas que había encon-trado inquilino. Y ya el

estandarte del Maugrabin's Building se deshinchaba al soplo del viento de otoño. Mientras tanto Pascal, firme en su puesto, continuaba recibiendo á los vi-sitantes cada vez más numerosos. Cada domingo los municipales tenían que intervenir á fin de evitar desórdenes. Aquella ascensióu, cuyo espanto recordaba, después de todo, algunas diversiones de feria, tenía sobre las Montañas Rusas la inmensa ventaja de ser gratuita. Y en París nunca falta gente para las diversiones que no cuestan dinero.

Sucedió un día que Codoero de Bucilly, dando á pie su acostumbrado paseo, que procuraba variar descubriendo barrios desconocidos, desembocó en frente de la nueva casa. Como nunca había salido de Francia, le faltaban puntos de comparación para juzgar la arquitectura. Sin embargo, experimentaba una sensación de insólito, por no decir de mons-truoso, que despertaba de su amodorramiento á su inteligencia de parisiense hastiado.

(Continuará.)



Cada domingo los municipales tenían que intervenir á fin de evitar desórdenes

Verdad que tenemos un maquinista — y designaba un funcionario vestido de uniforme — constantemente en su sitio hasta la una de la madrugada. No hay peligro alguno.

Por regla general, la persona ilustrada del grupo se extrañaba de que el Prefecto de Policía autorizase semejante velocidad. Los otros manifestaban su inten-ción formal de bajar por la escalera.

— ¡La escalera!, murmuraba el hombrecito. Su-pongo que hay una. Pero nunca la he visto, á fe de Pascal, que es mi nombre.

Las habitaciones no estaban decoradas con nada de madera. El estuco sustituía el roble y el pino.

— En este edificio de un millón de francos, co-mentaba Pascal, no encontrarían ustedes madera bastante para hacer un palillo de dientes. Los bom-beros no tendrán nada que hacer aquí jamás, ni si-quiera para apagar un fuego de chimenea. No hay chimenea ninguna. Todo se calienta al vapor. Agua caliente ó fría á voluntad, por todas partes. Miren

LAS MUJERES AERONAUTAS

Mucho se ha hablado recientemente de aerostación, y las proezas realizadas por M. Santos-Dumont han excitado muchas imaginaciones, habiendo sido, al parecer, en gran número las mujeres que han solicitado el intrépido aeronauta el peligroso honor de subir en su barquilla. El hecho, sin embargo, no es nuevo, pues el deporte del globo ha tenido entre el sexo bello varias adeptas durante el final del siglo XVIII y el XIX.

En los primeros tiempos de la aerostación, conmovió a toda Europa la hazaña llevada a cabo por los esposos Blanchard, quienes después de sus grandes éxitos en París, atravesaron la Mancha en globo.

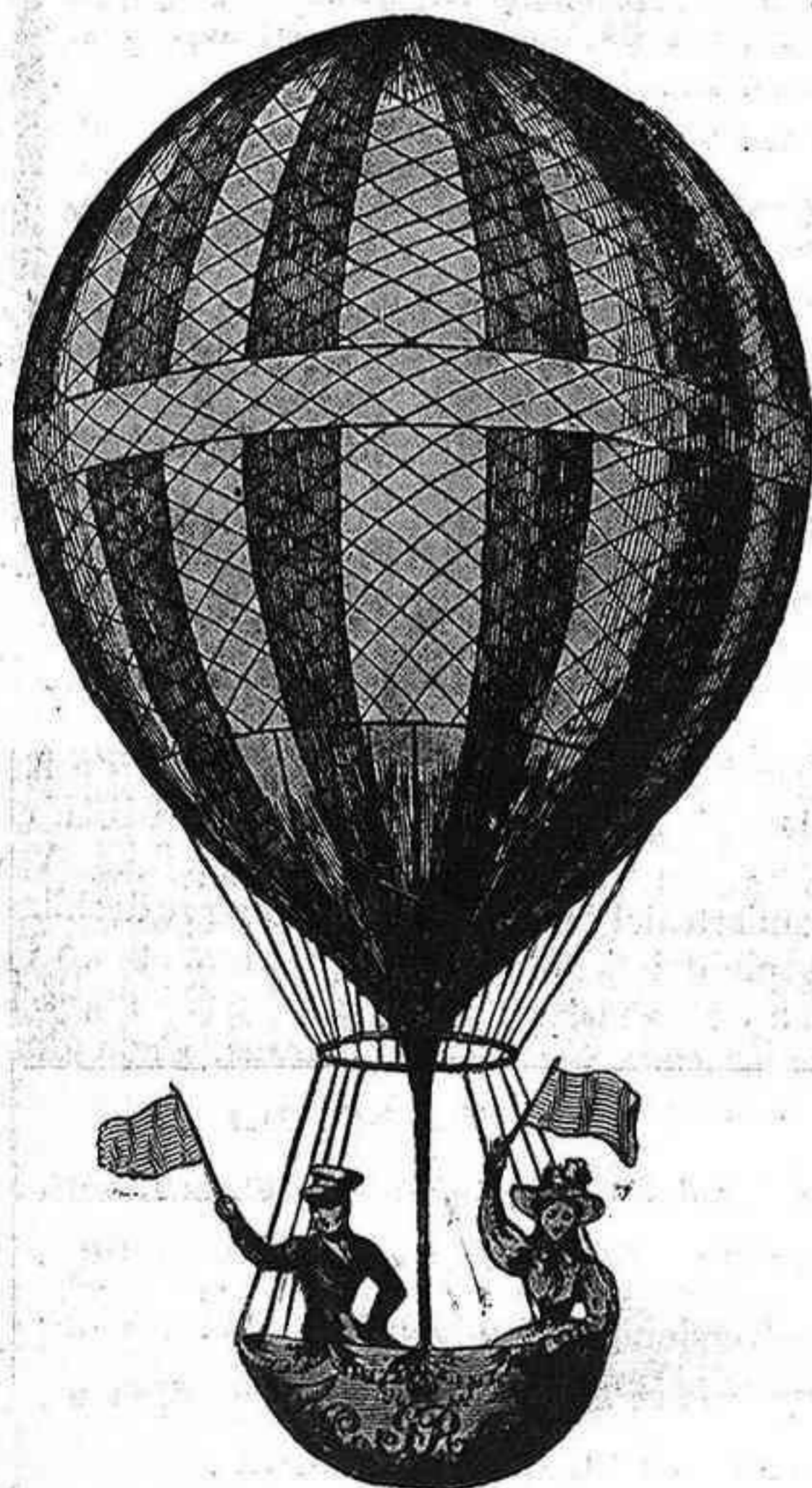
Otras siguieron el ejemplo de madame Blanchard, y desde 1783 a 1849 cuarenta y nueve mujeres se distinguieron en ese deporte, que cada día estaba más de moda.

Entre 1810 y 1830, las ascensiones de mujeres habían sido tan numerosas y brillantes, que vaudevillistas y caricaturistas se inspiraron en este asunto: el miriñaque era representado como una máquina de aerostación, y una caricatura representaba a Mme. Poitevin, la más célebre de las aeronautas, cerniéndose en los aires gracias a aquella prenda que formaba paracaídas.

La primera aeronauta fué madame Thible, que salió de Lyon con M. Fleurand, en presencia del rey de Suecia; algunos años después, elevóse en globo con el joven duque de Brunswick, realizando una serie de aventuras que por poco le cuestan la vida.

Mme. Blanchard se hizo célebre, tanto por las circunstancias que concurrieron en su matrimonio cuanto por haber sido la profesional de la aerostación. M. Blanchard, durante la primera parte de su carrera, había prometido a una aldeana de La Rochela que en caso de tener ésta una hija él la haría su esposa. La buena mujer dió a luz una niña, y el aeronauta cumplió su palabra.

M. Fonvielle ha escrito «que Mme. Blanchard se dedicó a la aerostación desde 1805 a 1819, que ha-



Miss Stock en el globo de Harris

bía nacido aeronauta y que nació en globo. Era bonita y graciosa, y cuando su primera ascensión tenía veintiséis años. Uno de sus contemporáneos ha descrito la navecilla de su globo en los siguientes tér-

minos: «Parecía una cuna; el carro de Venus podía ser más gracioso, pero no era más aéreo.»

Vincento Leonardi, que en 1784 hizo una ascensión con un gato, un perro y un palomo, llevóse



Miss Sage, la primera aeronauta inglesa con MM. Biggin y Lunardi (1785)

consigo a Mr. Biggin y a la encantadora miss Sage, que tuvo el honor de ser la primera inglesa que se elevó en globo. Los periódicos de la época hacen una descripción de su sombrero adornado con plumas y de su chal que flotaba en el aire, y la pintan deliciosamente tranquila y bella en la navecilla. Los tres aeronautas salieron de Londres, permanecieron muchas horas en los aires y descendieron felizmente cerca de Harrow.

El nombre de miss Stock excitó un triste interés a causa del accidente de que estuvo a punto de ser víctima esta señora. En un jardín situado en las inmediaciones de Londres, una multitud considerable esperaba, en una hermosa mañana de verano, la partida de Mr. Harris, el cual iba a partir solo, cuando una joven de diez y ocho años, atravesando la muchedumbre, le suplicó que se la llevara consigo. Iba vestida con un traje de muselina blanca; un sombrero de paja con una corona de rosas adornaba su cabeza y un ligero chal verde flotaba sobre sus espaldas. Mr. Harris, encantado de aquella graciosa figura, consintió, y todo el mundo felicitó a la joven por su valor. El *Royal George*, que así se llamaba el globo, elevóse en el espacio con aquella pareja feliz, y siete minutos después penetraba en la región de las nubes y se perdía de vista. Según todas las probabilidades, debían descender en Croyton dos horas después; pero se les esperó en vano, y hasta el día siguiente no se encontró a los aeronautas infortunados en Surrey. Mr. Harris estaba muerto; miss Stock respiraba todavía y se salvó. El globo se había enganchado, durante su carrera, en las copas de los árboles del parque de Lady Gee y los viajeros habían sido precipitados fuera de la navecilla.

Aquel trágico viaje no impidió a miss Stock repetir sus ascensiones. En 1845 aún vivía.

Una joven viuda francesa, Mme. Palmira Garneron, asombró a Europa con sus viajes aéreos, el primero de los cuales se realizó en 1851: salió de Cremenore (Inglaterra) y descendió en Dartford a las seis de la tarde, con gran espanto de dos aldeanas que aterrorizadas contemplaban aquel monstruo desconocido.

Igualmente intrépida fué Mme. Graham, esposa del célebre aeronauta de este nombre, que al año de

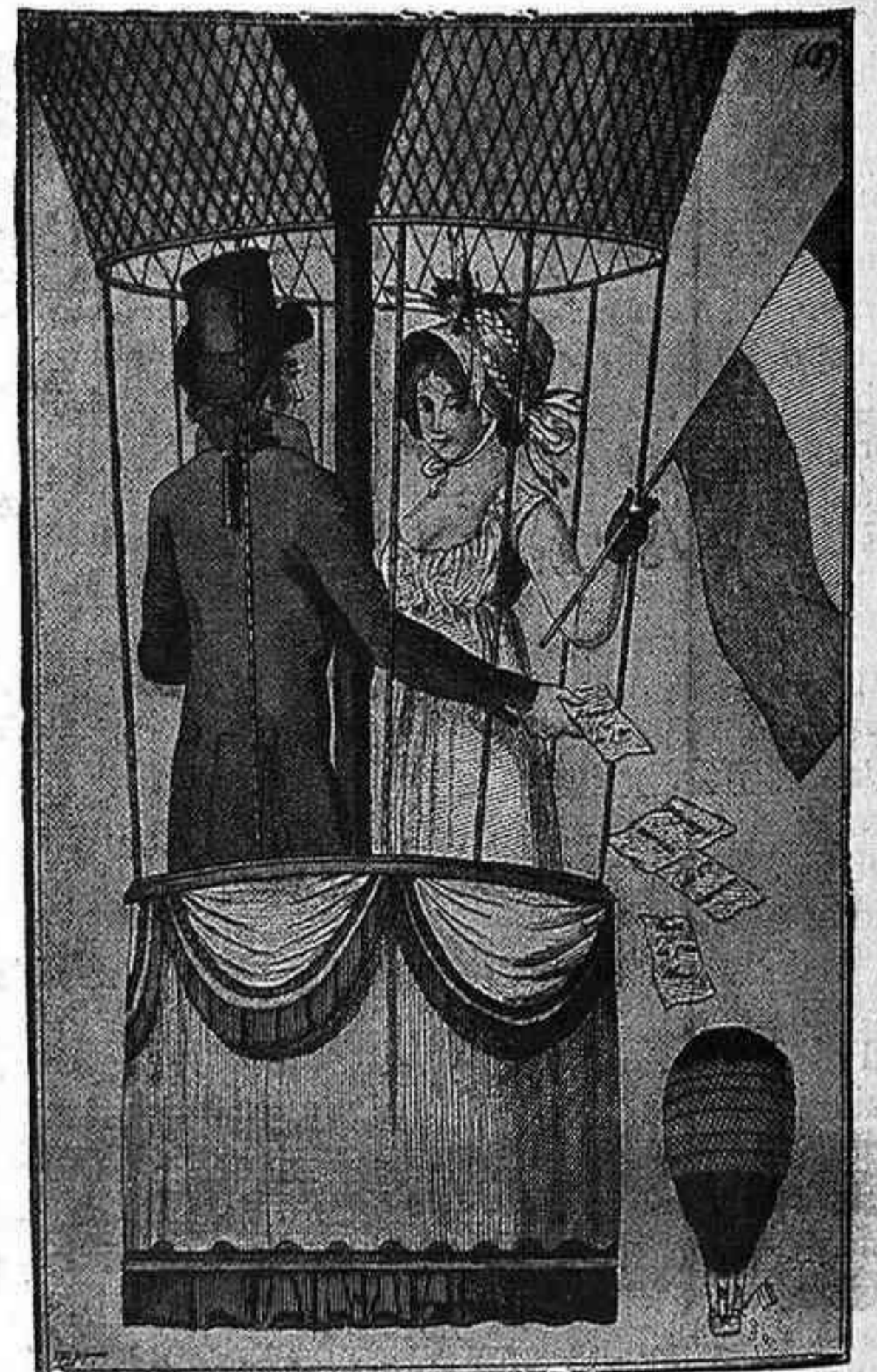
matrimonio se decidió a compartir los peligros que su marido arrostraba. Con este motivo adornó el globo con banderas de raso blanco. El descenso se verificó en Cuckfield, en el Sussex. Después realizó varias ascensiones, unas veces sola y otras acompañada de algunas damas. Pero la suerte no favoreció siempre a los esposos Graham: en 1851 partieron éstos alegremente de Londres en el *Victoria-and-Albert*; mas el aerostato, insuficientemente henchido, se elevó lentamente a la altura de cincuenta pies, flotando encima del Palacio de Cristal. Los aeronautas arrojaron lastre; el globo se enredó con el asta de la bandera y luego cayó en el estanque del Parque Verde; de pronto se elevó nuevamente para ir a caer entre las chimeneas de la casa del coronel North, y allí, sobre el tejado, fueron encontrados sin conocimiento los esposos Graham.

Mencionemos además las ascensiones de Mme. Poitevin, que con su paracaídas alcanzó altitudes extraordinarias: aquella valerosa dama ofreció sus servicios a su patria durante la guerra franco-prusiana.

M. Camilo Flammarión hizo su viaje de bodas en globo, entre París y Spa. «¿Qué hay preferible — decía — para un viaje de esta naturaleza a este medio de locomoción, el más agradable, magnífico y encantador de cuantos se conocen?» Una semana después del matrimonio, en el mes de agosto de 1874, Mme. Flammarión, confiándose a la frágil barquilla, elevóse por los aires con su esposo, verificándose el descenso en las mejores condiciones en un campo de los alrededores de París.

Los descensos más asombrosos fueron los que realizó Mlle. Alma Beaumont, quien ha relatado sus comienzos en 1888 confesando el terror que se apoderó de ella cuando se vió sola en el espacio arrastrada por su aerostato. Al principio gritó y creyó volverse loca; pero al fin el amor propio obró sobre sus nervios, y recobrando el valor descendió en Glasgow, después de haber alcanzado una altura de mil quinientos pies.

En nuestros días, muchas mujeres se dedican a la aerostación, dando pruebas de un valor que podrían envidiar muchos hombres. Citaremos entre ellas: Mme. Besançon, que ha realizado varias ascensiones

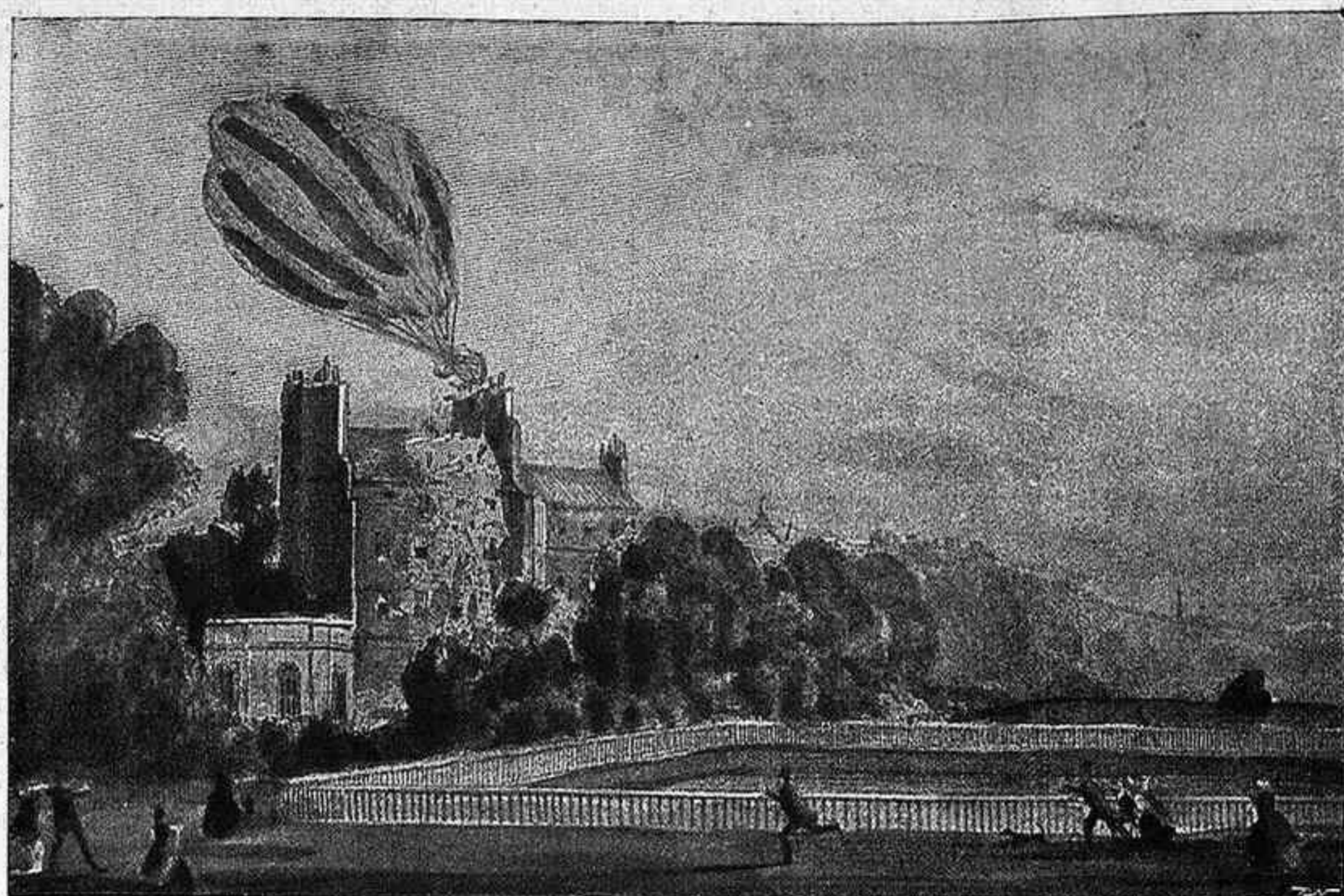


Ascensión de los esposos Blanchard, que atravesaron la Mancha en globo (1805)

en compañía de su marido; Mme. du Gast, que se embarcó muchas veces en la navecilla de Capazza; Mme. Savary, que tomó parte en los concursos internacionales de la Exposición Universal de París.

de 1900; Mme. Surcouf y madame La Chambre. Sarah Bernhardt quiso también probar hace algunos años los gozes de la aerostación, y ha hecho de su ascensión un relato pintoresco. Ultimamente Mme. Dugué de la Fauconnerie, en compañía de su marido y de M. de la Vaulx, hizo en París un accidentado descenso. Recordemos también que la duquesa de Aosta, después de una ascensión feliz, proclamaba esta manera de viajar como la más agradable de todas. Por último, el año pasado el archiduque Leopoldo Salvador de Austria no vacilaba en llevarse consigo, en una expedición aérea, á su esposa doña Blanca de Borbón, á la hija del príncipe regente de Baviera y á la hija de ésta la archiduquesa Margarita.

Y en la actualidad una espa-



Dstrucción del globo de Miss Graham, el Victoria-and-Albert, encima del Palacio de Cristal de Londres

ñola, cuyo nombre hace años que es conocido en todo el mundo, la bella Carolina Otero, hace construir un globo dirigible en los talleres de Pantin. Los planos del aerostato son obra de un joven ingeniero belga, M. Lobec, y la graciosa bailadora se propone hacer sus primeros ensayos de navegación aérea en Trouville durante el próximo verano.

Bien es verdad que hoy en día todo esto sirve, más que de otra cosa, de reclamo; pero sea de ello lo que fuere, los ejemplos citados demuestran que el sexo bello no sólo no se arredra ante los peligros de la aerostación, sino que encuentra cierto encanto en aventurarse por los aires en una frágil barquilla, buscando nuevas sensaciones en este deporte que parece debería ser patrimonio exclusivo de varones fuertes. — B. de F.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Venta anual de los Productos Nestlé
 39 millones de botes.

Harina Lacteada
NESTLÉ



ALIMENTO COMPLETO
 para Niños y Viejos.
 Contiene la Leche pura de Suiza.
 Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

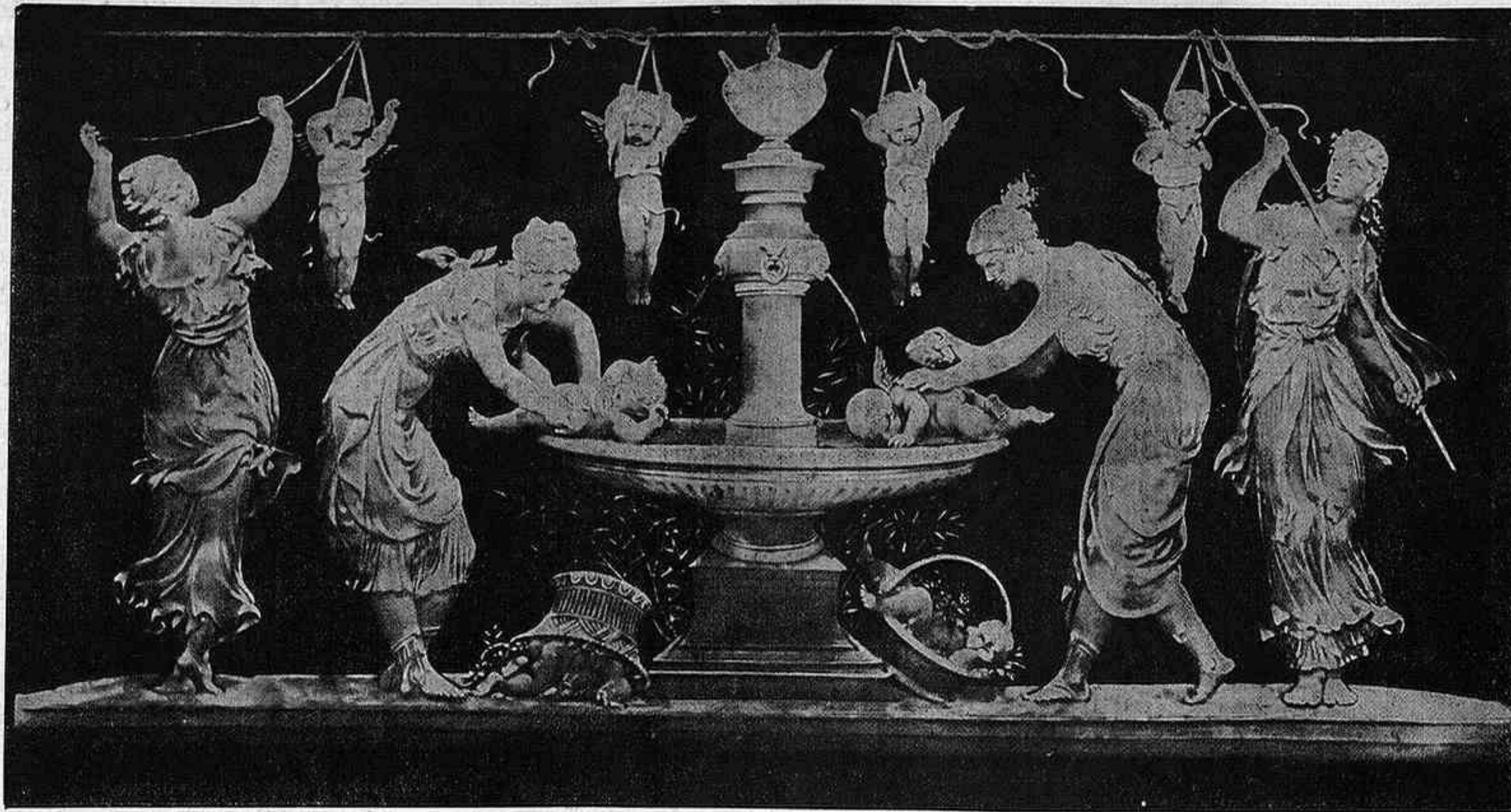
**ENFERMEDADES
 DEL ESTOMAGO**
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 * Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
**VINO
 DEFRESNE**
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
 los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
 la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, con-
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
 las afecciones nerviosas.
 * Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
 (NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
 Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen
 y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo
 mensual; corta los retrasos y supresiones así como
 los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas,
 y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
 ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
 de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
 los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



NINFAS Y AMORCILLOS, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres

PERIÓDICOS Y REVISTAS
enviados á esta redacción

Hojas Selectas, mensual ilustrada; La Harmonía, quincenal; Crónica de Barcelona, semanal; La Opinión Postal; La independencia médica, tres veces al mes; La Instrucción Pública, quincenal ilustrada; Revista Homeopática Catalana, mensual (Barcelona); Boletín de la Biblioteca-Museo Balagnier, mensual (Villanueva y Geltrú); Bibliografía Española, quincenal; La Lectura, mensual ilustrada; La patria de Cervantes, mensual ilustrada; Revista Contemporánea, quincenal; La fotografía, quincenal ilustrada; Sol y sombra, semanario ilustrado; El Mundo Latino, semanal; El Barberillo de Lavapiés, semanal (Madrid); Boletín de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos de la provincia de Castellón, quincenal; Castellón Cómico, Ayer y Hoy (Castellón); Gaceta Médica de Granada; El Progreso Comercial, quincenal (Santander); Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares, semanal (Buenos Aires); Pluma y Lápiz, semanal; La Revista Nueva, semanal (Santiago de Chile); El Peruano, boletín oficial del Perú (Lima); Revista Mensual de la Cámara Mercantil (Barracas al Sur, R. Argentina); Bolivia Filatélica (La Paz); Le Bulletin d'Oculistique, mensual (París).

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES & Co. St-Denis, 46

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso **REGENERADOR**
Prescrito por los Médicos
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
102, Rue Richelieu, PARIS
Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**
Exijase el producto verdadero y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**
Exijase el producto verdadero y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**
Exijase el producto verdadero y las señas de **BLANCARD**, 40, Rue Bonaparte, París.